

HALICARNASO

REVISTA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO



LA GUERRA DE SUCESIÓN AUSTRIACA

**CULTO A LOS MUERTOS EN EL
ANTIGUO EGIPTO**

BLITZKRIEG

La guerra relámpago

LA BATALLA DE CANNAS

Aníbal *ad portas*



ESPAÑOLES CUM LAUDE

BALMIS

LA REAL EXPEDICIÓN FILANTRÓPICA DE LA VACUNA

JAVIER RAMOS
autor de *Eso no estaba en mi libro de Historia de Roma*

Balmis, un personaje de plena actualidad, fue un hombre que durante su vida desplegó una actividad científica muy diversa, con un interés especial en las aplicaciones terapéuticas de las especies botánicas; una personalidad como científico quedó indisolublemente unida a la Expedición Filantrópica de la Vacuna, que desde el año 1803 comenzó a introducir esta práctica preventiva en América. La expedición médica alicantina se convirtió, sin lugar a duda, en una de las aportaciones universales de la Corona española. Una gran gesta de la ciencia patria.

57

SUSCRÍBETE POR 20 € ANUALES
[HTTPS://LAUSHISPANIAE.ES](https://laushispaniae.es)



HALICARNASO

REVISTA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO

Nº 1 | Febrero 2024

DIRECTOR | Martí P. Coronado
direccion@halicarnaso.es

REDACTOR JEFE | Juan Pablo Perabá
redaccion@halicarnaso.es

DISEÑO EDITORIAL Y
MAQUETACIÓN: Juan Pablo Perabá

EDITA
ASOCIACIÓN CULTURAL LAUS
HISPANIAE
Alicante
<https://laushispaniae.es/>
[@laushispaniae](https://www.facebook.com/laushispaniae)
<https://www.facebook.com/laushispaniae>

La revista no se hace responsable de la veracidad, exactitud, adecuación, idoneidad y actualización de la información y/u opiniones suministradas por sus redactores y colaboradores, si bien empleará todos los esfuerzos y medios razonables para que la información suministrada sea veraz, exacta, adecuada, idónea y actualizada.

EDITORIAL

MARTÍ P. CORONADO,
director

Presentamos a los lectores un nuevo proyecto en el que hemos depositado toda nuestra pasión por la historia y por su divulgación al gran público. *Halicarnaso* es una revista digital que nace con el objetivo de difundir y divulgar la historia universal de manera amena y rigurosa, de dar a conocer las aportaciones de los grandes hombres y mujeres de nuestro pasado en todos los campos: político, militar, artístico, filosófico, literario, etc. Y también de contar los errores y calamidades de los que el hombre actual debería aprender para que no vuelvan a suceder. Pretendemos ofrecer un producto que combine calidad estética y fidelidad a la verdad. Esperamos poder contribuir al conocimiento de la historia de la humanidad, de manera que podamos sentirnos capaces de valorar, cada cual según su criterio, nuestro pasado y de sacar la mejor lección posible que nos pueda servir para el futuro.

Pretendemos evitar la tentación de utilizar la historia como arma arrojadiza; simplemente, aportaremos la información todo imparcial que sea posible, para que cada cual saque sus propias conclusiones. Daremos lo mejor de nosotros para no introducir un sesgo injustificado que pueda devaluar nuestra labor, manteniendo siempre el máximo rigor en la exposición de los hechos. Para ello, serán bienvenidos cuantos colaboradores quieran formar parte de este proyecto divulgativo, que esperamos pueda, desde la modestia de los medios de que disponemos, cumplir satisfactoriamente la misión que se propone, que no es otra que contar la historia para aprender de ella.



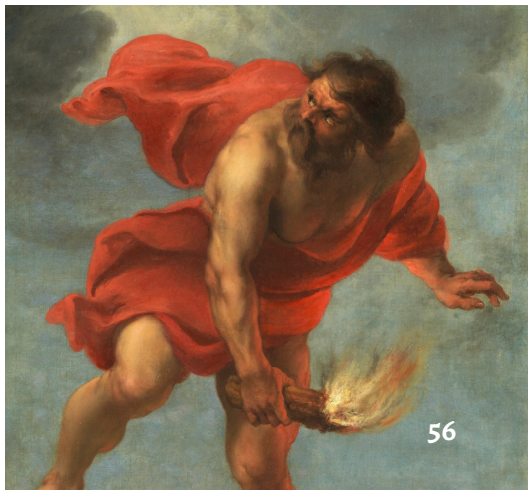
6



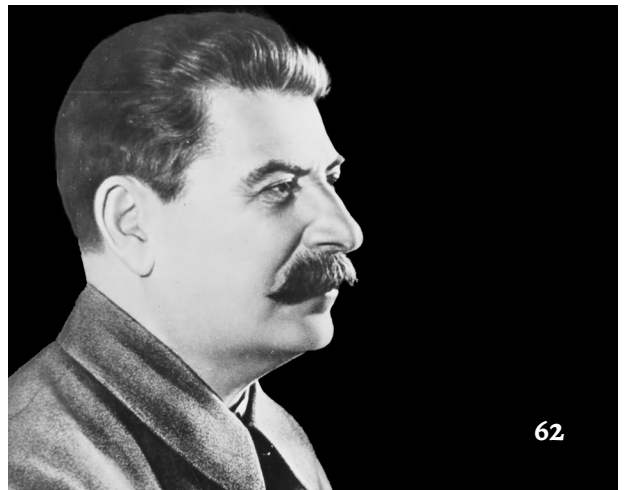
18



38



56



62





ARTÍCULOS

6 LA BATALLA DE CANNAS

Aníbal *ad portas*
Sabino Fernández Riba

18 WINSTON CHURCHILL

La defensa de Europa
Juan Pablo Perabá y Javier Martínez-Pinna

30 BLITZKRIEG

La guerra relámpago
Santiago Velarde

38 LA GUERRA DE SUCESIÓN DE AUSTRIA

Europa en guerra
Martí P. Coronado

48 LA MUERTE EN EL EGIPTO PREDINÁSTICO

El camino hacia el más allá
Lucía Vázquez

56 PROMETEO

El protector de la humanidad
Vicente Fernández de Burgos

62 STALIN

El hombre de acero
Juan Pablo Perabá y Javier Martínez-pinna

70 EL TESORO DE LA ISLA DEL COCO

Una búsqueda que continúa
Javier Martínez-Pinna





GUERRAS PÚNICAS

LA BATALLA DE CANNAS

HANÍBAL *AD PORTAS*

SABINO FERNÁNDEZ RIBA

La segunda guerra púnica enfrentó a romanos y cartagineses entre 218 a.C. y 202 a.C. por el control del Mediterráneo. Durante estos años, dos ejércitos perfectamente adiestrados para el combate, con dos visiones distintas a la hora de planificar las principales operaciones militares, protagonizaron algunas de las batallas más memorables de todos los tiempos. La batalla de Cannas marcó el punto crítico y decisivo de la contienda. Tras la derrota, los romanos ya no tenían ningún tipo de duda sobre cuál era el oscuro destino que les deparaba el futuro. Desde ese momento, una frase agónica se atragantaba entre los horrorizados habitantes de Roma: «¡Hannibal ad portas!»

En el año 218 a.C. el joven comandante en jefe de las fuerzas cartaginesas en la península ibérica, Aníbal Barca, hijo de Amílcar Barca (general de la primera guerra Púnica) rendía la ciudad aliada de Roma, Sagunto, rompiendo así el falso equilibrio del periodo de entreguerras. La segunda guerra púnica, la mayor deflagración global de la historia de la antigüedad, había comenzado. Tras una hibernación en Cartago Nova, el imponente ejército cartaginés, conformado por unos noventa mil hombres, ponía rumbo a los Pirineos, esquivando al ejército del cónsul Publio Cornelio Escipión (padre del futuro Escipión el Africano) en el Ródano. Atravesó, en una de las mayores gestas bélicas conocidas, la cordillera de los Alpes, llegando a la Galia Cisalpina, territorio italiano dominado por Roma, con un ejército de no más de veintiséis mil hombres y una treintena de elefantes.

Los soldados de Aníbal, pese a su heterogeneidad (africanos, hispanos, lusitanos, galos...) se habían compactado durante la dureza extrema del paso alpino, las batallas de acoso de las tribus galas, las inclemencias de frío y los despeñaderos, que los mermaron terriblemente. Como resultado, lo que debiera ser una tropa incontrolable y difícil de comandar, se había convertido en una máquina de guerra unida alrededor de un comandante carismático e inteligente al que obedecían ciegamente. Una vez allí,

Aníbal destrozó a los romanos en las batallas de Tesino, Trebia y Trasimeno, llegando con su ejército a una pequeña población de la región de Apulia llamada Cannas.

Por orden del Senado, los cónsules tomaron el mando del nuevo ejército, nada menos que ochenta y seis mil soldados divididos entre ambos, diez mil infantes romanos, veinte mil aliados y dos mil cuatrocientos jinetes cada uno, más veintiún mil dos-

cientos hombres de las dos legiones urbanas de Roma. Frente a ellos, el ejército de Aníbal, unos cincuenta mil soldados divididos en cuarenta mil infantes y diez mil efectivos de caballería. El nuevo contingente romano partió hacia el encuentro con su enemigo, sito en la localidad de Cannas, pequeña población de la región de Apulia enclavada en un promontorio en la orilla

sur del río Ofanto y a nueve kilómetros del Adriático. Nada más llegar a las proximidades del campamento cartaginés, el cónsul Terencio Varrón salió airoso de una refriega con el enemigo, acontecimiento este que le animó a presentar batalla contra Aníbal. Emilio Paulo, sin embargo, más inteligente y reflexivo, prefirió temporizar. Era tradición que los cónsules alternaran cada día el mando total del ejército. Al día siguiente al de la escaramuza, fue Emilio Paulo el comandante en jefe. Decidió no plantar cara a Aníbal y dividió el ejército romano en dos campamentos, el mayor al sur del río Ofan-

En el año 218 a.C. el joven comandante en jefe de las fuerzas cartaginesas en la península ibérica, Aníbal Barca, rendía la ciudad aliada de Roma, Sagunto

to, en la misma margen que el campamento cartaginés, pero al oeste, y un campamento menor al norte del río, algo más adelantado hacia el este y cercano al lugar de la batalla. La ciudad de Cannas, previamente tomada por Aníbal, quedaba al oriente del campamento cartaginés.

Corría el 1 de agosto del año 216 a. C. El mando consular, Emilio Paulo, trataba por todos los medios de reducir lo máximo posible la ventaja posicional que Aníbal tenía al llevar tiempo esperando al enemigo, con sus hombres frescos y con un mayor conocimiento del terreno. Por su parte, el bárcida, consciente de que había de forzar la batalla, pero a sabiendas de que no sería Emilio Paulo quien cayera en la trampa, decidió durante este día hostigar a los legionarios que buscaban agua en el río, para así espolpear al mando del día siguiente, el impaciente Terencio Varrón. La estratagema del cartaginés dio resultado. Al día siguiente, un soliviantado Terencio unió los dos ejércitos en la margen norte del río Ofanto, con formación hacia el mediodía, a la espera de que Aníbal cruzara desde el lado sur el río y se enfrentara a ellos. La formación del ejército romano era la clásica de vélites en primera línea, seguidos de *hastati* en formación de tablero de ajedrez, para incorporar a los vélites en retirada y cerrar otra vez la formación, y, ya detrás, la infantería pesada con *principes* y *triarii*, con la caballería aliada en el lado izquierdo y la romana en el derecho. Frente a ellos formaba el ejército cartaginés: en su frente la infantería ligera, en primera línea los honderos baleares, detrás galos e hispanos y, en la última línea, a cada extremo, el grueso de las tropas africanas de élite. La caballería númida se alinearía en el ala derecha frente a la caballería aliada romana, mientras que, bordeando el río



Busto de Aníbal Barca

y frente a la caballería romana de élite, se apostarían los jinetes pesados galos e hispanos. La novedad era la forma convexa del frente de batalla, una media luna donde la infantería ligera era el punto más cercano a la formación recta de los romanos.

Tal y como nos cuenta Polibio, ninguno de los dos ejércitos tendría el sol de cara; sin embargo, la orientación sur de los romanos sí los situaría de cara al sol conforme avanzara la mañana. De igual forma, las fuentes nos informan de que, en las horas punta del día, en esa zona soplaban fuertes vientos australes, lo que también incidiría



La muerte de Lucio Emilio Paulo en Cannas, según un cuadro de John Trumbull (1773).

en la incomodidad de las huestes consulares; siendo Aníbal el estratega que era, no pudo ser casualidad. Al igual que en Trebia, el cartaginés emboscó, posiblemente en las colinas de la ciudad de Cannas, a la caballería y a unos quinientos infantes pesados celtíberos para sorprender a las tropas romanas por la espalda. Igualmente, alguna fuente nos informa de que Aníbal, conscientemente, retrasó el inicio del combate, lo que favorecería la espera de la llegada de ese mediodía y de ese viento en el momento clave de la batalla. Cabe destacar que casi todos los historiadores clásicos, a excepción de Polibio, nos hablan además de un hecho sorprendente pero que encajaría perfectamente dentro del tacticismo bárcida de engaño y

sorpresa: la fingida deserción de quinientos jinetes númidas del ala derecha de la formación púnica. Estos falsos traidores esperarían a las doce de la mañana, hora de inflexión de la batalla, para deshacerse de sus vigilantes y sorprender por la espalda a los romanos.

Finalmente, Emilio Paulo sucumbió y murió tras una lluvia de proyectiles contra su persona. En aquel momento llevaban unas cuatro horas de lucha y el sol marcaba el mediodía

El ejército romano chocó con la formación convexa africana donde se encuentran los soldados ligeros, que enseguida cedieron terreno y permitieron la penetración de los legionarios en el centro de la batalla, donde Aníbal dirigía personalmente a sus huestes, luchando y dando órdenes sin parar. Al mismo tiempo,

los jinetes númidas peleaban contra la caballería aliada al norte de las formaciones: aquí se produciría la deserción de esos

quinientos hombres. En el otro extremo, la caballería pesada africana había deshecho a la caballería romana, que huía en desbandada. Al mismo tiempo, la caballería pesada rodeó el campo de batalla y se unió en el norte a los númidas, contra los jinetes aliados del ejército consular. En estos momentos, la formación convexa de los cartagineses había dejado de existir: el centro había ido cediendo terreno; las alas, con los infantes africanos pesados, habían girado noventa grados hacia la formación romana, y el ejército bárcida presentaba una línea cóncava que empezaba a rodear a todas las legiones consulares en una trampa mortal, sin que se dieran cuenta, pensando que quizás el retroceso de las líneas ligeras frontales les estaba dando en realidad una ventaja.

En el centro de la batalla, el cónsul Emilio Paulo dirigió, valiente pero inconscientemente, ataques contra el mismísimo Aníbal, que estaba impulsando en persona la lucha más encarnizada en el punto clave. El

general romano ya estaba herido por uno de los proyectiles de los honderos baleares, lo que no le impidió seguir instigando a sus hombres a intentar romper el centro de la formación y dividirlos en dos partes. Finalmente, Emilio Paulo sucumbió y murió tras una lluvia de proyectiles contra su persona. En aquel momento llevaban unas cuatro horas de lucha y el sol marcaba el mediodía; un insoportable viento del sur enviaba el polvo de la refriega contra la cara de los legionarios; el infierno se había desatado en Cannas. La caballería romana estaba derrotada. Los quinientos falsos desertores númidas atacaron la formación romana por la espalda, a la vez que los hombres emboscados en una colina cercana. Los jinetes que no estaban hostigando a la caballería consular huida cayeron sobre los romanos, que siguieron empujando el centro; sobre los laterales cerraron la trampa las tropas africanas pesadas. La presa estaba cazada, porque los dos frentes de batalla se habían convertido en una gigantesca bolsa donde un ejército



Aníbal jurando ante su padre que sería siempre enemigo de Roma, caricatura de Gilbert Abbott à Beckett (1850).

«ANÍBAL VENCEDOR CON-
TEMPLA POR
PRIMERA VEZ
ITALIA DESDE
LOS ALPES»,
Francisco de Goya
(1771).



africano rodeaba a unos setenta mil legionarios incapaces de defenderse, apretados unos con otros, esperando a que sus compañeros de la línea más externa fueran siendo asesinados, hasta que les llegara su turno. La historia a partir aquel instante fue la de un baño de sangre que duraría horas, una tragedia humana en la que perecería la juventud de Roma, sus defensores y parte de su nobleza. La República estaba indefensa.

Las cifras finales de Cannas son escalofriantes; si seguimos a las fuentes menos exageradas, como Tito Livio, hablamos de unos cincuenta mil hombres caídos en batalla, unos diez mil desperdigados por las poblaciones cercanas en su desesperada huida (con el pánico que aquello tuvo que suponer en la región), más los desertores. Y unos catorce mil quinientos soldados reagrupados en las ciudades de Venusia y Canusio. Si hacemos caso a otras fuentes, la cifra de caídos supera los setenta mil muertos. Por la parte cartaginesa hablamos de entre seis mil y ocho mil bajas, según la fuente. Estas

cifras nos cuentan una total y absoluta hecatombe para las armas de Roma, y una victoria sin precedentes en la historia militar hasta la fecha.

En la gran urbe cundió el pánico; por primera vez en siglos, se ofrecieron sacrificios humanos para ablandar a unos dioses adversos y las madres asustaban a sus hijos con el equivalente al «hombre del saco», Aníbal Barca. Tito Livio escribió: «Las virtudes de este hombre [Aníbal] se contrapesaban con defectos muy graves: una crueldad inhumana, una perfidia peor que púnica, una falta absoluta de franqueza y de honestidad, ningún temor a los dioses, ningún respeto por lo jurado, ningún escrúpulo religioso». (*Ab urbe condita* XXI 4,9).

Aníbal, el temido general, cuyo apellido significa 'rayo', que de niño había jurado a su padre odio eterno a los romanos a través de un sacrificio, tal y como nos lo relata Tito Livio, decidió no aprovechar la victoria de Cannas para poner sitio a Roma. Ríos de

tinta han caído sobre las razones que tuvo el cartaginés. La justificación más plausible sería la imposibilidad de tomar la gran urbe, cuyas defensas debían de ser imponentes, sin apenas maquinaria de asedio, y sin noticias de que Cartago las fuera a proporcionar. La fuerza de Aníbal estaba en su maniobrabilidad, gracias a su poderosa caballería, lo que le ofrecía la ventaja de la sorpresa, como había demostrado en las grandes batallas; sin embargo, un gran asedio, quizá de meses, era otra cosa, y Aníbal estaba esperando que toda Italia se levantara contra Roma, algo que no iba a ocurrir, ya que consideramos que todo el centro italiano, conocido como el Lacio, estaba totalmente romanizado, algo con lo que el bárcida no contaba.

Mientras Roma trataba de reponerse, Aníbal inició su marcha hacia el sur, con la mirada puesta en la estratégica ciudad de Tarento, la cual consideraba importante por ser un punto hacia donde poder dirigir unos hipotéticos refuerzos procedentes de Macedonia; aunque, para su desgracia, pronto fue testigo de la determinación de los tarentinos a pagar cara su derrota. En Sicilia, el protagonismo a estas alturas de la contienda lo asumió Siracusa, que, viendo la fantástica progresión de Aníbal, decidió, en el último momento, unirse a la causa cartaginesa. Para complicar aún más las cosas, Roma sumó a su ya larga lista de enemigos a Filipo V, rey de Macedonia, que en este año del 214 a.C. rompió las hosti-

lidades atacando Apolonia, un auténtico bastión romano en la península balcánica, provocando la primera de las guerras macedónicas, en el momento más comprometido para una Roma que seguía luchando por mantenerse en pie.

El año 213 a.C. trajo consigo la multiplicación de los escenarios de guerra, pero también una relativa mejora de la situación en Italia, lo que permitió el reclutamiento de dos nuevas legiones urbanas, para sumar-

las a las anteriores y afrontar con algo más de garantías los dos principales objetivos militares para esta campaña. Uno fue la defensa de Tarento, auténtica obsesión de Aníbal, y el otro, el intento de frenar el avance de Cartago y de su general Himilcón, enviado por el senado cartaginés para completar la conquista de Sicilia. Afortu-

nadamente para los romanos, su estrategia de contención para no exponerse a un enfrentamiento directo con el general púnico empezó a dar resultados. Aun así, la situación seguía siendo compleja, pero en el 212 se consigue estabilizar por primera vez los frentes.

En Hispania, los Escipiones seguían manteniendo sus posiciones, mientras que la amenaza desde Macedonia no inquietaba por las escasas repercusiones que tuvo el ataque de Filipo V. El principal problema seguía estando, por lo tanto, en Italia, donde preocupaba el ya indisimulado empeño

Mientras Roma trataba de reponerse, Aníbal inició su marcha hacia el sur, con la mirada puesta en la estratégica ciudad de Tarento

**Soldado
cartaginés**



de Aníbal por conquistar Tarento. Aquí, una facción procartaginesa logró encontrarse con el general para cerrar un pacto, en virtud del cual la ciudad pasaría a manos de los africanos a cambio de respetar su autonomía y las propiedades de sus habitantes. La conquista de parte de la urbe se produjo cuando un grupo de tarentinos, aprovechando la relajación de la guarnición romana, logró abrir las puertas de la ciudad para dejar paso a las tropas de Aníbal.

Los defensores no pudieron hacer nada para frenar la avalancha, aunque algunos soldados romanos tuvieron el buen juicio de replegarse y buscar cobijo en la ciudadela, la cual logró resistir, haciendo que la victoria del cartaginés no fuese total.

El otro escenario bélico de esta campaña del 212 estuvo en la Campania, pero allí eran los romanos los que seguían intentando romper la resistencia de Capua, fundamental para el control de esta rica región cerealista al sur de Roma. Asediados por cuatro legiones, los campanos enviaron embajadores a Aníbal, solicitándole una ayuda inmediata para no sucumbir ante los ejércitos sitiadores. El general cartaginés se vio ante la disyuntiva de continuar haciendo presión sobre Tarento o levantar su ejército para dirigirlo hacia Capua. Por primera vez desde que llegó a Italia, el genial estratega no tenía bien claro las acciones que debía tomar, y por ello optó por una postura intermedia, la de continuar personalmente con su asedio a la ciudadela tarentina, mientras por otra parte enviaba a su lugarteniente Hannón a la zona del Beneventum para abastecerse de trigo y enviárselo a los campanos. Pero, cuando los romanos tuvieron noticia de su presencia, organizaron una expedición, a cuyo frente se puso Fulvio Flaco, el cual obtuvo una importante victoria.

En el 211 la situación ya era claramente contraria a los intereses cartagineses. En Italia, Aníbal seguía sin poder conquistar la ciudadela de Tarento, mientras que en Sicilia la presencia púnica ya era totalmente residual. Para colmo de males, la situación en Capua era totalmente desesperada, porque el africano no podía permitirse la pérdida de una ciudad en la que se estaba jugando su prestigio y la obediencia de muchas localidades italianas, cuya alianza con los cartagineses colgaba ya apenas de un hilo.

Los cónsules de este año fueron Cneo Fulvio Centumalo y Publio Sulpicio Galba, cuyo inicio de mandato vino marcado por un acontecimiento que hizo despertar el te-

mor entre todos los ciudadanos romanos: la marcha de Aníbal sobre la capital de la República. Al inicio de esta campaña, el caudillo púnico había llegado hasta Capua para intentar levantar el asedio.

Su intento fue inútil, porque ninguno de los ejércitos romanos mordió el anzuelo y mantuvieron sus posiciones, dejando a Aníbal sin la batalla campal que sin duda estaba buscando. Por ello decidió poner en movimiento a sus tropas para dirigir las contra esta maldita Roma que siempre seguía luchando. Su intención nunca pudo ser la conquista de la ciudad, entre otras cosas porque no contaba con los medios necesarios. Lo que él pretendía era forzar a alguno de los ejércitos romanos que se encontraban en Capua para que le siguiesen los pasos, y acudiesen a defender Roma.

En el Senado se originó un fuerte debate sobre las medidas que se debían tomar para salvar una situación que provocó el pánico entre los romanos, muchos de los cuales llegaron a pensar que los ejércitos consulares habían sido derrotados y por eso Aníbal, libre de todo peligro se dirigía ahora hacia el norte, para terminar de una vez por todas con la guerra. Afortunadamente, esto no fue así, y los senadores tomaron la sabia decisión de hacer regresar sólo uno de los ejércitos, el de Fulvio Flaco.

“Ante una crisis así, al instante se convocó una reunión del Senado. Publio Cornelio, llamado Asina, estaba a favor de llamar a todos los generales y a sus ejércitos, de todas partes de Italia, para defender la ciudad, independientemente de Capua o cualquier otro objeto que se tuviera en mente. Fabio Máximo consideraba que sería una desgracia aflojar su control sobre Capua y permitir que Aníbal les atemorizase, dando vueltas ante sus disposiciones y amenazas.

“¿Creéis”, preguntó a los senadores, “que el hombre que no se atrevió a acercarse a la Ciudad después de su victoria en Cannas, espera realmente capturarla ahora que ha sido expulsado de Capua? Su objetivo al venir aquí no es atacar a Roma, sino levantar el sitio de Capua. El ejército que se encuentra actualmente en la Ciudad será suficiente para nuestra defensa, pues contará con la ayuda de Júpiter y los otros dioses que han sido testigos de la

violación por Aníbal de los acuerdos del tratado”» (Tito Livio, *Ab urbe condita* XXVI, 8).

Una y otra vez, el romano eludió el contacto directo con Aníbal, y para ello contó con el favor de la diosa Fortuna, porque las adversas condiciones climatológicas fueron determinantes para impedir el combate entre las dos formaciones. Además, el tiempo jugaba en contra de los intereses de Aníbal, ajeno a cualquier posibilidad de encontrar

El otro escenario bélico de esta campaña del 212 estuvo en la Campania, pero allí eran los romanos los que seguían intentando romper la resistencia de Capua, fundamental para el control de la región

provisiones en un territorio hostil, y por eso no tuvo más remedio que desear la opción del enfrentamiento y dar la espalda a Capua, cuya suerte estaba irremediablemente echada. La ciudad cayó ese mismo año, y sus calles fueron testigo de uno de los baños de sangre más terroríficos de toda la guerra.

La estrella de Aníbal se apagaba cada vez más, pero al menos no perdía la esperanza de poder unir sus fuerzas con las de su hermano Asdrúbal Barca. Sin embargo, su derrota y muerte tras la batalla del Metauro, unidas a la irremediable pérdida de las posiciones

cartaginesas en Hispania, hizo inviable cualquier esperanza de seguir resistiendo en Italia. Además, el movimiento en el tablero de la guerra que hizo Publio Cornelio

Escipión invadiendo África pronto demostró ser una jugada maestra, que obligó a Cartago a exigir la vuelta de su mejor general para defender la patria. Las tornas habían cambiado. Ahora, un joven, pero experimentado militar, futuro Escipión el Africano, pondrá a prueba a Aníbal en la llanura de Zama, y vencerá, cerrando con

su gran victoria la Segunda Guerra Púnica en el año 202 a.C. ■

La estrella de Aníbal se apagaba cada vez más, pero al menos no perdía la esperanza de poder unir sus fuerzas con las de su hermano Asdrúbal Barca

«LA CLEMENCIA DE ESCIPIÓN»,
Sebastiano Ricci.



*Eso NO ESTABA
en mi LIBRO de las*
**GUERRAS
PÚNICAS**

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA



ALMUZARA



WINSTON CHURCHILL

LA DEFENSA DE EUROPA

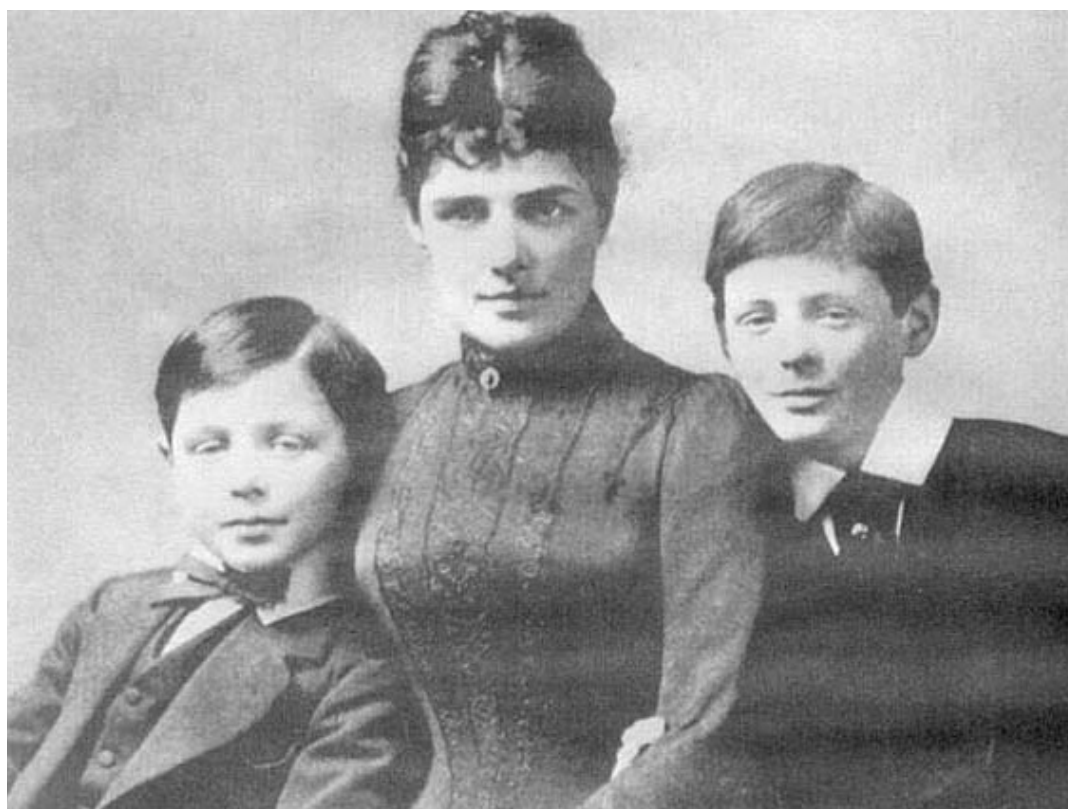
JUAN PABLO PERABÁ & JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

«Os dieron a elegir entre el deshonor y la guerra... elegisteis el deshonor y tendréis la guerra» (Churchill a Chamberlain tras los acuerdos de Múnich).

A finales de los años treinta del siglo XX, la debilidad de las democracias occidentales permitió a la Alemania nazi comenzar un proceso de expansión territorial con la anexión de países como Austria y Checoslovaquia. Solo unos pocos fueron conscientes del peligro que suponía para Europa y el mundo entero el rearme alemán. Winston Churchill fue uno de ellos; pero, desgraciadamente, sus palabras no fueron escuchadas hasta que ya fue demasiado tarde.

Winston Leonard Spencer Churchill nació el 30 de noviembre de 1875 en el seno de una familia aristocrática y conservadora de tradición victoriana. Hijo del séptimo duque de Marlborough y de la estadounidense Jennie Jerome, Winston vio transcurrir su infancia en una serie de internados escolares en los que, a decir verdad, nunca destacó por su alto rendimiento académico. En el colegio de Harrow era frecuentemente castigado por su falta de dedicación y su carácter inquieto, independiente y rebelde, mientras que, por otra parte, asombraba a todos aquellos que le rodeaban por sus evidentes contrastes ya que no resultaba extraño verle suspender varias asignaturas al mismo tiempo que era felicitado por sus excelentes resultados en matemáticas o historia, e incluso por proclamarse campeón de esgrima en los campeonatos organizados

en su escuela. Tras superar una etapa escolar llena de sobresaltos, el joven Winston se alistó en el ejército cuando contaba con 21 años de edad. Por fin su sueño se había hecho realidad, desde ese momento le esperaba una vida plagada de aventuras y emociones fuertes al servicio de su patria. Su primer destino fue en Bangalore (India) en donde sirvió como segundo teniente en el 4º Regimiento de Húsares, pero muy a su pesar lo único que pudo hacer durante su estancia en la gran colonia inglesa fue jugar al polo y soñar con la posibilidad de participar en alguno de los conflictos coloniales que a finales de este convulso siglo XIX se sucedían por distintas partes del globo. En 1895, financiado por el periódico *The Daily Graphic*, marchó hacia Cuba para presenciar los combates entre las tropas españolas y los rebeldes a cambio, eso sí, de escribir una



Jennie Spencer Churchill con sus dos hijos, Jack (izquierda) y Winston (derecha) en 1889

serie de artículos en los que dio muestras de su genio literario. Dos años más tarde, hizo de nuevo las maletas y viajó hasta los Balcanes con la intención de ser testigo de los principales hechos acontecidos en la guerra entre turcos y griegos, pero hemos de suponer que no se tuvo que dar mucha prisa porque cuando llegó el conflicto ya había terminado. Desde allí regresó de nuevo a la India para tomar parte en la campaña contra los rebeldes pastunes en la frontera noreste de la colonia británica y tras seis semanas de combates, pudo regresar a Inglaterra en octubre de 1897, año en el que publicó su primer libro, *The story of the Malakand Field Force*, en el que narra sus vivencias durante el conflicto.

En 1899 Winston Churchill abandonó el ejército y comenzó su carrera política, aunque esto no supuso ningún impedimento para que él, un hombre de grandes inquietudes, pasase nuevamente a la acción y protagonizase nuevas aventuras, como la que llevó cabo durante la segunda guerra anglo-bóer. El 12 de octubre de este año fue enviado como corresponsal de guerra del diario *The morning post* a Sudáfrica. Una vez en su destino, inició un viaje en un tren militar al mando de Aylmer Haldane; pero, cuando este se encontraba a mitad de camino, fue hecho descarrilar tras un feroz ataque de los bóers. El pánico cundió entre los ingleses, pero fue en esos momentos

críticos cuando emergió la figura estelar de Churchill, que, sin dudarlo, y a pesar de ser un no combatiente, se puso al frente de las tropas inglesas y movilizó a todos sus hombres para arreglar la vía y posteriormente la locomotora, al igual que un buen número de vagones, en los que situó a sus compatriotas heridos para llevarlos a una zona segura. A pesar del éxito de la operación, el jo-

ven Winston no tuvo tanta suerte, porque al final fue capturado por los bóers y encerrado en un campo de prisioneros de Pretoria. Incapaz de plegarse ante su destino y verse sometido a un largo periodo de reclusión, comenzó a planificar un plan de evasión que llevó a cabo muy pronto. Tras saltar la valla del recinto donde se encontraba encerrado, Churchill inició una larga marcha de cuatrocientos ochenta

kilómetros hasta llegar a la colonia portuguesa de Maputo, desde donde partió hacia Durban para ponerse bajo las órdenes del general Redvers Buller y participar en la batalla de Spion Kop.

De vuelta a Inglaterra, Churchill se presentó como candidato conservador en el distrito electoral de Oldham en las elecciones del año 1900, pero, a pesar de resultar elegido, decidió continuar viajando por el mundo y experimentar nuevas vivencias. En lugar de asistir a la apertura del Parlamento, marchó hacia los Estados Unidos y allí pronunció

Tras superar una etapa escolar llena de sobresaltos, el joven Winston se alistó en el ejército cuando contaba con 21 años de edad. Por fin su sueño se había hecho realidad



Churchill en 1900, en la época de su primera elección al Parlamento.

una serie de discursos; fue invitado a varias conferencias, donde llegó a conocer al famoso Mark Twain, quien afirmó de forma jocosa, pero mostrando gran simpatía hacia el joven noble británico, que «por su padre era inglés y por su madre, estadounidense. He aquí al hombre perfecto».

Este periodo de relativa calma tocó a su fin cuando se vio obligado a regresar a su hogar y a retomar las obligaciones en el Parlamento inglés, donde pudo hacer gala de sus portentosas dotes oratorias, aunque para ello (y esto fue una constante durante su vida) se vio obligado a superar un grave problema, ya que Churchill era tartamudo, por lo que se vio en la necesidad de planificar sus discursos hasta con semanas de antelación.

Debido a sus discrepancias con el líder del partido conservador (Joseph Chamberlain), quien propuso la implantación de importantes tarifas arancelarias, y también a su negativa a incrementar el presupuesto del ejército, Churchill se unió al grupo de disidentes del partido, encabezados por Hugh Cecil; posteriormente fue estrechando su relación con los liberales, hasta tal punto de que abandonó a sus antiguos compañeros y se presentó en las elecciones de 1906 como candidato del Partido Liberal por Mánchester, donde consiguió una holgada mayoría de votos. Sus dotes políticas no pasaron desapercibidas entre sus colegas liberales y, en 1910, fue nombrado ministro de asuntos internos, cargo mediante el cual siguió progresando a pesar de que algunas de sus actuaciones generasen una cierta polémica, como en aquella ocasión en la que un grupo de revolucionarios anarquistas fuertemente armados quedó atrapado en un edificio en llamas y el ministro impidió la llegada de los bomberos, con la intención de forzarles a salir y deponer las armas. En 1911 alcanzó el influyente puesto de primer lord del Almirantazgo, desde el que impulsó importantes reformas, como el desarrollo de la aviación naval y el cambio de combustible para sus barcos, que cambiaron el carbón por el petróleo.

En 1915, un año después del estallido de la Primera Guerra Mundial, Churchill tuvo que enfrentarse nuevamente a las críticas de la oposición cuando le acusaron, al parecer injustamente, de ser responsable del hundimiento del RMS Lusitania cuando surcaba los mares sin ningún tipo de escolta, un acontecimiento que, según los enemigos del primer lord del Almirantazgo, había sido provocado para propiciar la entrada en la guerra de los EEUU. Según

los historiadores actuales, la prematura entrada del país americano en el conflicto impidió la llegada de convoyes a Inglaterra, por lo que el gobierno inglés nunca pudo plantearse una acción de este tipo, especialmente durante las primeras fases de la guerra. Al margen de este oscuro episodio, lo que realmente marcó la carrera de Churchill durante la Primera Guerra Mundial fue su planificación y ejecución del desastroso desembarco inglés de Galípoli en los

Dardanelos, que según estudios recientes pudo haber causado la muerte de unos doscientos cincuenta mil soldados británicos y otros cincuenta mil franceses. La victoria turca provocó la dimisión de Churchill, hundiéndole en una profunda crisis interna

y en una depresión (le acompañó el resto de su vida) que trató de superar reintegrándose en el ejército y participando en alguna de las más cruentas batallas del frente occidental.

El regreso de Churchill a la escena política se produjo en diciembre de 1916, cuando el liberal Lloyd George logró formar gobierno. Pero su vuelta a Londres se demoró unos meses hasta que, en julio de 1917, asumió el cargo de ministro de Arma-

mento, empleándose a fondo para tratar de aumentar la productividad de la industria bélica británica y contribuir, de esta forma, a la victoria de las armas inglesas sobre los enemigos del Imperio. Tras el final de la Primera Guerra Mundial, Churchill se convir-

En 1911 alcanzó el influyente puesto de primer lord del Almirantazgo, desde el que impulsó importantes reformas, como el desarrollo de la aviación naval



Churchill y Roodu-
rante la Conferen-
cia Atlántica, 10
de agosto de 1941

Churchill y Neville Chamberlain, el principal partidario de la postura del apaciguamiento



tió en una de las cabezas más visibles de la política inglesa, primero dentro del Partido Liberal y posteriormente, en 1925, de nuevo como miembro del Partido Conservador. Una de sus grandes preocupaciones fue la lucha contra la revolución bolchevique, motivo por el cual se mostró como un decidido partidario de que Inglaterra interviniese en la guerra civil rusa para luchar contra el ejército Rojo. Su desconfianza hacia la brutal dictadura comunista establecida en la Unión Soviética por Stalin le llevó a pronunciar polémicas declaraciones, como cuando dijo que Mussolini había prestado un gran servicio al mundo por haberse convertido en un auténtico baluarte contra el régimen bolchevique. No menos

controvertida fue su postura a favor del rey Eduardo VIII, a quien defendió a capa y espada frente a la mayoría de parlamentarios

Winston Churchill empezó a alertar sobre el peligro que suponía para Inglaterra y para toda Europa el rearme de la Alemania nazi, pero sus advertencias cayeron sobre oídos sordos

que pedían su dimisión cuando este inició su relación con Wallis Simpson. De igual forma, Winston Churchill decidió navegar a contracorriente cuando empezó a alertar sobre el peligro que suponía para Inglaterra y para toda Europa el rearme de la Alemania nazi, pero sus advertencias cayeron sobre oídos sordos. Durante los años treinta las débiles y condescendientes democracias occidentales decidieron no hacer

frente a la expansión del extremismo ideológico y de los regímenes totalitarios, que cada vez más se imponían en los Estados europeos. Solo unos pocos fueron lo sufi-

cientemente sensatos para advertir sobre la necesidad de defender los valores propios del parlamentarismo y de la democracia, pero su esfuerzo fue en vano. En sus escritos, Churchill nos habla sobre la frustración que sintió cuando comprendió que la política de apaciguamiento de Chamberlain no hacía sino agotar las posibilidades de evitar una guerra con un rival cada vez más poderoso. Nadie parecía dispuesto a frenar las ambiciones políticas de Hitler, tal vez por miedo a provocar el estallido de una nueva guerra, tal vez por la inestabilidad política de las democracias, que impedía llevar a cabo con normalidad la acción de gobierno; y más probablemente por la falta de principios de una clase política temerosa de tomar decisiones que le penalizasen electoralmente. Curiosamente, una de las citas más aclamadas de Churchill es aquella en la que afirma que «el político se convierte en estadista cuando comienza a pensar en las próximas generaciones y no en las próximas elecciones».

Aprovechando esta falta de iniciativa (visible en los Acuerdos de Múnich de septiembre de 1938 por los que Francia e Inglaterra dan por buena la anexión de los Sudetes checos por Alemania), Hitler logró anexionarse Austria y después toda Checoslovaquia. Pronto los acontecimientos se precipitaron. Checoslovaquia comprendió que Inglaterra y Francia no iban a mover ni un solo dedo para acudir en su defensa, por lo que su presidente dimitió y el ejército acabó disolviéndose (¡treinta divisiones que podrían haber luchado contra los nazis, sencillamente dejaron de existir!). Para complicar aún más las cosas, la Unión Soviética asombró al mundo al llegar a un acuerdo con la Alemania nazi, entre otras cosas para repartirse el Estado polaco. Poco después Hitler ordenó la inva-



sión de Polonia el 1 de septiembre de 1939. Ante esta situación, Inglaterra y Francia ya no tuvieron más remedio que declarar la guerra dos días después. La Segunda Guerra Mundial había comenzado y, como se esperaba, las cosas no pintaban nada bien para las democracias occidentales. Polonia nada podía hacer para sobreponerse al fulminante ataque de la Wehrmacht; unos meses más tarde, el ejército alemán cayó sobre Dinamarca y Noruega sin encontrar apenas resistencia. Como nuevo primer lord del Almirantazgo, la misión de Churchill fue dar seguridad a los barcos mercantes que atravesaban el Atlántico norte para abastecer a Inglaterra, mientras que la operación para socorrer a los noruegos frente a la agresión nazi terminó con un absoluto fracaso. Ante dicha situación, el condescendiente primer ministro Chamberlain se vio forzado a presentar su dimisión; el rey propuso a Churchill la formación de un nuevo gobierno.

Churchill haciendo el gesto de la victoria ante la multitud en Whitehall, el día que proclamó que la guerra contra Alemania había sido ganada (8 de mayo de 1945)

Churchill,
Roosevelt y Stalin
en la Conferencia
de Yalta, febrero
de 1945



Desde el inicio de su primer mandato, Winston Churchill destacó por su cautivadora personalidad y por ser capaz de infundir ánimos a un pueblo que cada vez confiaba menos en la posibilidad de sobrevivir ante el ataque de un enemigo tan poderoso como Hitler, que en unos pocos meses pondría a media Europa bajo sus pies. A pesar de que su comportamiento político siempre había generado controversias, Churchill fue un hombre que logró sobreponerse a sus fracasos («el éxito es aprender a ir de fracaso en fracaso sin desesperarse»), en muchos casos recurriendo a su cara más amable, a su reconocido sentido del humor y a su gran optimismo («un optimista ve una oportunidad en toda calamidad; un pesimista ve una calamidad en toda oportunidad»). Cuando todo a su alrededor parecía desmoronarse sin remisión, el político inglés asombraba a todos por ser una inagotable fuente de

ideas, por sus increíbles anécdotas y por sus alucinantes proyectos (algunos disparatados, como cuando propuso, tras un contundente desayuno, fabricar puertos prefabricados para llevar a cabo un desembarco a gran escala en el continente). Lloyd George llegó a decir de él que tenía diez ideas al día, pero nunca sabía cuál era la más acertada.

Wiston Churchill nunca fue visto como el político perfecto, pero era, eso sí, el hombre que necesitaba su pueblo para recuperar la fe en la victoria cuando ya muchos habían decidido arrojar la toalla. Sus discursos fueron una fuente de inspiración para los ingleses cuando contemplaron con horror cómo la Alemania nazi se había desecho en pocas semanas del poderoso ejército francés: «Defenderemos nuestra isla, cualquiera que sea el costo; peharemos en las playas, peharemos en los sitios de desembarques,

pelearemos en los campos y en las calles, pelearemos en las colinas: nunca nos rendiremos». Tras la fulminante derrota de Francia, se inició la batalla de Inglaterra, en la que la Luftwaffe alemana trató de conseguir el dominio de los cielos como paso previo a una invasión terrestre atravesando el Canal de la Mancha. La heroicidad de los pilotos ingleses de la RAF en su lucha contra la Luftwaffe, unida a las decisiones desacertadas del alto mando alemán, como la de centrar la atención en el bombardeo de las grandes ciudades inglesas, supuso la primera derrota de los nazis en la Segunda Guerra Mundial. En otro de sus discursos, Churchill aseguró, refiriéndose a los jóvenes pilotos británicos, que «nunca en el campo del conflicto humano, tanta gente le debió tanto a tan pocos».

Durante la guerra, al primer ministro británico se le vio constantemente evaluando en primera persona los daños sufridos por la población civil inglesa tras los bombardeos alemanes, siempre mostrando, mientras

se fumaba uno de sus puros, el signo de la victoria para regocijo de sus compatriotas. También arriesgó su vida visitando a las tropas británicas cuando estas se encontraban en situaciones más que comprometidas. Uno de sus mayores logros fue, en opinión de los historiadores, ganarse el apoyo del presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt, quien se comprometió a aprobar una nueva ley (de Préstamo y Arriendo) por la que Estados Unidos podría enviar material bélico a países considerados aliados para la defensa de los intereses americanos, cuyo pago se realizaría después de la guerra. Existen pocas dudas por parte de los historiadores actuales al admitir que este proyecto resultó esencial para que Gran Bretaña pudiese sobrevivir cuando se encontraba sola frente al gigante alemán entre 1940 y 1941 (la ley entró en vigor en marzo de este último año). Frente a los logros de Churchill, algunas de sus decisiones fueron, nuevamente, muy criticadas. Es el caso de su respaldo al bombardeo de Dresde, una ciudad sin ningún valor estratégico, pero

UN CARÁCTER POLIFACÉTICO

Winston Churchill destacó por ser un hombre polifacético, por su tremenda energía y por su sentido del humor. El año de 1922, en el que sufrió una operación de apendicitis, fue uno de los más duros de su carrera política ya que siendo ministro de

Armamento en un gobierno liberal perdió las elecciones en el distrito de Dundee. Churchill encajó el golpe con deportividad y provocó el regocijo entre los periodistas cuando declaró que acaba de perder su asiento en el parlamento, su puesto de gobier-

no y su apéndice, todo al mismo tiempo. En otra ocasión, cuando la parlamentaria inglesa Lady Astor declaró en un debate que si fuese mujer de Churchill le pondría veneno en el té, este le respondió: «Señora, si yo fuera su marido, me lo bebería».

que fue destrizada por las bombas aliadas poco antes del final de las hostilidades. También se le reprochó al político inglés que mirase hacia otro lado cuando los soviéticos, después de arrasar la Europa oriental en su avance hacia Berlín, sometieron a Polonia y la pusieron bajo su ámbito de influencia.

A pesar de todo, el papel de Winston Churchill es fundamental para entender el desarrollo de la guerra, ya que fue responsable, en buena medida, del éxito inglés a la hora de frenar al nazismo; impulsó el espíritu de resistencia entre sus compatriotas, compartiendo las penas con la población civil, que lo había perdido todo durante la batalla de Inglaterra, o pasando

penalidades junto a sus soldados (otros líderes militares nunca pisaron un campo de batalla durante la guerra), en un esfuerzo

sobrehumano que pasó factura en la salud del incombustible primer ministro. A pesar de todo, y contra toda lógica, Churchill cayó derrotado frente al laborista Clement Attlee en las elecciones de 1945. Los historiadores piensan que el voto de castigo al partido Conservador no fue hacia la figura de Churchill, sino por la actuación de Cham-

berlain durante los años 30.

Durante la postguerra, este gigante político no se mantuvo al margen de los acontecimientos que se sucedieron en el mundo

Churchill fue uno de los pioneros en defender la idea de una especie de unión de países europeos para evitar futuros conflictos

Churchill en la Conferencia de Potsdam, julio de 1945





Churchill con la reina Isabel II, el príncipe Carlos y la princesa Ana, 10 de febrero de 1953

y que apuntaban hacia la creación de una nueva época. Churchill fue uno de los pioneros en defender la idea de una especie de unión de países europeos para evitar futuros conflictos que devastasen el continente. También popularizó la expresión de «el telón de acero» para frenar la influencia del comunismo. En 1951 inició su segundo mandato, que duraría hasta el 1955, cuando presentó su dimisión. Durante estos años su prioridad fue, por una parte, tratar de retrasar un fenómeno que ya era irreversible: el desmembramiento del imperio; y, por otra (debemos tener en cuenta que Churchill era un victoriano miembro de una familia aristocrática nacido durante la época de esplendor imperial), frenar la inmigración de población asiática hacia Inglaterra que, según él, amenazaba con destruir la identidad británica. En 1955, el político inglés dijo a Ian Gilmour, refiriéndose a la inmigración: «Creo que es el asunto más importante al que se enfrenta este país, pero no podré lograr que ninguno de mis ministros llegue a

darse cuenta». Durante este segundo mandato, en 1953, se le concedió el Premio Nobel de Literatura por su excelente descripción de los hechos biográficos e históricos en su obra y por su defensa de los valores humanos.

La vida de Churchill había sido plena, pero las fuerzas y la salud empezaron a fallarle. En 1964 abandonó la Cámara de los Comunes para no regresar nunca jamás. Inglaterra se quedaba huérfana de un político que había hecho de la defensa de su patria la razón única de su existencia. Poco después, el 24 de enero de 1965, falleció después de sufrir un segundo ataque cardíaco. Según testigos presenciales, las últimas palabras que pronunció Churchill cuando ya se disponía a emprender su último viaje fueron: «Es todo tan aburrido», algo que resulta tremendamente paradójico tratándose del que sin duda ha sido uno de los seres humanos con una biografía más apasionante de todo el siglo XX. ■





SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

BLITZKRIEG

LA GUERRA RELÁMPAGO

SANTIAGO VELARDE

El 1 de septiembre de 1939, la Wehrmacht se lanzó sobre Polonia, un hecho que supuso el inicio del conflicto más mortífero y desgarrador de nuestra historia. El ejército polaco estaba anticuado, carecía de artillería y aviones de caza para repeler la brutal agresión del ejército alemán, por lo que no tardó mucho tiempo en sucumbir ante el empuje de las divisiones acorazadas de Hitler.

Ante la demostración de fuerza de los alemanes, los franceses e ingleses, que contra toda lógica no habían hecho nada por fortalecer su maquinaria militar en los años previos a la guerra (hasta que ya fue demasiado tarde), se contentaron con la organización de operaciones secundarias, como tratar de cortar el suministro de hierro sueco a los alemanes mediante la conquista de Narvik, lo que propició la invasión de Dinamarca y Noruega por parte de la Alemania nazi en abril de 1940. El primer paso para la conquista de Europa ya estaba dado, pero para ello antes era necesario doblegar a la todopoderosa Francia. Para entender el resultado de la gran batalla con la que Hitler pretendió hacer realidad su sueño de derrotar a su gran rival y ven-

garse por las humillaciones impuestas en el Tratado de Versalles, antes debemos de entender cuál era la situación armamentística y militar de los principales contendientes

En los años previos al estallido de la guerra, los alemanes ya habían registrado grandes cambios en lo que se refiere a la organización de las operaciones bélicas y la táctica militar.

en los momentos iniciales de la Segunda Guerra Mundial. En los años previos al estallido de la guerra, los alemanes ya habían registrado grandes cambios en lo que se refiere a la organización de las operaciones bélicas y la táctica militar. Tanto Hitler como el Alto Mando eran conscientes de la debilidad de la economía germana para soportar un conflicto de larga duración, por lo que

diseñaron un tipo de guerra que debía ser contundente pero limitado en el tiempo: la *blitzkrieg* o guerra relámpago. Con esta táctica se buscaba alcanzar un éxito rápido en

Tropas de la 2.^a División SS Das Reich junto a un carro de combate Tiger I durante la batalla de Kursk (1943)



el campo de batalla, apoyándose en la utilización de la tecnología y las nuevas armas (especialmente los tanques y los aviones de combate), con la idea de penetrar en el territorio enemigo, romper sus líneas y crear confusión entre sus unidades, que se verían desbordadas desde el primer momento del choque. Para H. Bernard eran cuatro los elementos que permitieron a los alemanes conseguir rápidas victorias en los primeros años de la guerra gracias a la aplicación de la guerra relámpago:

- La mecanización de las Panzerdivisionen suponía la concentración de grandes bolsas de carros de combate con funciones ofensivas y que sirvieron como elementos de penetración de la Wehrmacht.
- La motorización de la infantería permitía la rápida concentración de fuerzas encargadas de explotar el éxito inicial de las divisiones acorazadas.
- La aviación tuvo un papel fundamental para explicar el resultado de las operaciones militares, ya que permitió asegurar la superioridad aérea, eliminar los aviones enemigos y posteriormente inmovilizar sus tropas, que se vieron en todo momento castigadas por la acción de la Luftwaffe alemana.
- La radiotelefonía, aplicada no solo a los aviones, sino también a los carros de combate, permitía a los alemanes transmitir rápidamente las órdenes y facilitar la cooperación entre las distintas unidades ofensivas.

Pues bien, frente a esta concepción moderna de la guerra, los ejércitos aliados, con Fran-



Búnker de la línea Maginot capturado por soldados estadounidenses en 1944

cia a la cabeza, interpretaron el futuro conflicto como una mera continuidad de la Primera Guerra Mundial, que se había basado en el avance tradicional de la infantería, la lucha en trincheras y la fortificación de posiciones fijas. Por este motivo, los franceses cometieron el error de basar su entramado defensivo en la construcción de la famosa Línea Maginot en la frontera franco-germana, la cual fue rápidamente sobrepasada en mayo de 1940, unas semanas antes de la caída de Francia ante el empuje del ejército alemán. Frente a esta concepción anticuada de la guerra, los aliados solo pudieron pasar a la ofensiva cuando la guerra se alargó y empezó a hacer mella en el potencial económico y demográfico de Alemania. Al margen de las tácticas militares, también

Unidades formadas fundamentalmente por carros ligeros Panzer II



es importante comprender, para explicar el posterior desarrollo del conflicto, el potencial de los principales ejércitos en septiembre de 1939.

En un principio todo parecía indicar que Hitler no tendría la fuerza necesaria para imponerse a las democracias occidentales, ya que, pese a su alianza con Stalin, el potencial humano y económico era muy favorable para Francia y Gran Bretaña. Los dominios de la Commonwealth y las colonias francesas serían los encargados de suministrar todo tipo de materias primas y recursos humanos para mantener el esfuerzo bélico contra Alemania, y eso sin contar

las inmensas reservas de oro de estos grandes imperios, que podrían ser utilizadas para efectuar todas las compras necesarias durante la guerra, especialmente a los Estados Unidos.

Frente a esta concepción moderna de la guerra, los ejércitos aliados interpretaron el futuro conflicto como una mera continuidad de la Primera Guerra Mundial

En lo que respecta al potencial militar, el balance total en el caso de las marinas de guerra era infinitamente favorable para las democracias occidentales. El dominio del mar estaba en manos de los occidentales, además de una forma abrumadora.

En este sentido debemos entender la mentalidad de Hitler, quien ya en el *Mein Kampf* había advertido de la escasa conveniencia de embarcarse en aventuras coloniales y

de disputar el dominio del mar a los ingleses; de ahí su insistencia en la expansión de Reich por territorio europeo, especialmente en la zona oriental. Cuando Hitler llegó al poder en 1933 e inició el rearme del Tercer Reich, la marina de guerra fue la más perjudicada, y eso a pesar de que, a partir de 1935, el almirante alemán Raeder había preparado un ambicioso programa de construcciones navales para la botadura de catorce acorazados, veinte cruceros, seis portaaviones y unos doscientos cincuenta submarinos. Pero este gran proyecto se quedó en nada, ya que para 1939 la Kriegsmarine solo contaba con tres acorazados de bolsillo, dos cruceros pesados y unos sesenta submarinos. En esta situación, la marina alemana solo podía navegar libremente por el Báltico, de donde apenas podía salir para

En lo que respecta al potencial militar, el balance total en el caso de las marinas de guerra era infinitamente favorable para las democracias occidentales

tomar la iniciativa hasta que la producción de submarinos alemanes permitiese a Hitler iniciar la campaña en el Atlántico. Por sí sola, la Royal Navy británica tenía la fuerza

suficiente para imponerse a la alemana y a la anticuada flota italiana. En 1939 los ingleses contaban con doce acorazados, sesenta y siete cruceros, siete portaaviones, doscientos destructores y sesenta submarinos.

Mientras esto ocurría en el mar, en tierra y aire los ejércitos aliados estaban muy lejos de poseer la misma superioridad frente a

los países del Eje. Especialmente complicada era la situación del ejército de tierra británico en 1939, ya que se encontraba prácticamente en gestación y con muy escasas divisiones, incluso para colaborar con Francia ante un previsible ataque alemán. El pa-

Columna de panzers e infantería mecanizada en Ucrania, 1942



El Junkers Ju 87 o Stuka (del alemán Sturzkampfflugzeug, «bombardeo en picado»)



norama de Polonia, obligada a hacer frente al ataque de la Alemania nazi y la Unión Soviética, no era nada halagüeño. Sus treinta divisiones no contaban con armamento moderno y se encontraban desprotegidas frente al poder aéreo de los alemanes, por lo que su resistencia era casi inviable.

La situación en Francia no era tan desesperada, puesto que en 1939 había logrado movilizar cerca de noventa divisiones para hacer frente a las ciento trece que tenía una Alemania que se vio obligada a combatir en dos frentes. El prestigio del ejército francés seguía siendo enorme, pero la realidad no parecía corresponder al recuerdo de sus grandes victorias durante la Gran

Guerra. Como dijimos, los franceses interpretaron la guerra que estaba a punto de estallar como lo habían hecho en 1914. Tanto su infantería como la artillería se encontraban en una situación bastante aceptable,

pero el gran problema, además de su incapacidad para hacer frente a la guerra moderna que proponían los alemanes, radicaba no en la escasez de tanques, sino en su deficiente utilización, al emplearlos como complemento de la infantería y con una finalidad defensiva.

En cuanto a la Wehrmacht, en 1939 contaba con dos millones seiscientos mil hombres y unos tres mil doscientos tanques. Frente a la superioridad naval de los aliados y el cierto equili-

Frente a la superioridad naval de los aliados y el cierto equilibrio en los ejércitos terrestres, la lucha por el dominio de los cielos parecía que pronto caería en manos de los alemanes

brio en los ejércitos terrestres, la lucha por el dominio de los cielos parecía que pronto caería en manos de los alemanes. Después de solucionar los problemas económicos más acuciantes de Alemania, Hitler llevó a cabo un nuevo plan económico basado en la construcción de infraestructuras y el desarrollo de la industria armamentística, todo ello con la intención de dotar al Reich de un poderoso ejército con el que imponer su autoridad en el continente europeo. Para el dictador alemán, la gran prioridad fue la Luftwaffe, tanto que el ejército del aire alemán se benefició de un presupuesto ilimitado; de esta forma, en 1939 ya contaba con unos cuatro mil aviones, entre ellos un millar de cazas, mil ochocientos bombarderos y unos cuatrocientos cincuenta *stukas* (bombarderos en picado). El único problema para Alemania era la escasez de bombarderos estratégicos de largo alcance, por lo que, al principio de la guerra, Gran Bretaña era prácticamente inalcanzable. A todos estos aviones le debemos de sumar los mil seiscientos aparatos que tenían al principio de la guerra los italianos, aunque casi todos ellos de una calidad inferior debido a su antigüedad.

En Francia, la crisis económica y la inestabilidad política tuvieron unos efectos demolidores sobre la industria armamentística, especialmente en la construcción de aviones. Para que nos hagamos una idea, bas-

ta advertir que en 1939 los aviones de caza franceses aún no se construían en serie e, incluso, no existía un modelo para la elaboración de un bombardero ligero ni en picado. Según las actas de la Dirección del Material Aéreo Militar, el 3 de septiembre de 1939 Francia contaba con mil ciento cincuenta y siete cazas y ciento setenta y cinco bombarderos, pero muy pocos disponían de los perfeccionamientos técnicos que sí tenían los aviones alemanes: hélice de paso variable, motor compresor, radio y tren de aterrizaje escamotable.

Afortunadamente para los aliados, Inglaterra sí que supo anticiparse al peligro alemán e inició pronto un programa de modernización de sus fuerzas aéreas

Afortunadamente para los aliados, Inglaterra sí que supo anticiparse al peligro alemán e inició pronto un programa de modernización de sus fuerzas aéreas que fueron, precisamente, las que lograrían derrotar por primera vez a Hitler. Los ingleses concedieron mucha importancia a la aviación, por lo que en 1939 ya contaban con

mil setecientos aparatos, tanto bombarderos de radio corto como cuatrimotores pesados, bombarderos ligeros, Mosquitos y cazas modernos, Hurricanes y Spitfires. Todas las cartas ya estaban sobre la mesa; la superioridad armamentística de Alemania no era tan evidente como para asegurarse una victoria rápida sobre sus enemigos. Posiblemente, Hitler sopesó la posibilidad de que las débiles democracias occidentales terminasen aceptando un acuerdo de paz después de la fácil victoria sobre Polonia. La realidad fue bien distinta. ■



CONFLICTOS BÉLICOS

LA GUERRA DE SUCESIÓN AUSTRIACA

EUROPA EN GUERRA

MARTÍ P. CORONADO

El periodo de relativa paz que vivió Europa después de la guerra de Sucesión en España se vio interrumpido por el estallido de un nuevo conflicto a partir de 1740, que va a empujar a las principales potencias del Viejo Continente a una guerra de colosales dimensiones cuyo resultado marcará el futuro de Europa durante todo el siglo XVIII.





Retrato de María Teresa, por Martin van Meytens (1759)

La guerra de Sucesión al trono de Austria se desencadenó como consecuencia de la muerte del emperador Carlos VI en 1740, al que sucedió su hija María Teresa, nombrada archiduquesa de Austria, reina de Hungría, Croacia y Bohemia y duquesa de Parma. El problema era que María Teresa no era buena candidata al título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico que ostentaba su padre, entre otros motivos porque nunca antes había sido ocupado por una mujer. De esta forma se planteó la posibilidad de que ella fuera aceptada en los dominios hereditarios, y que su esposo Francisco Esteban fuese elegido emperador. Antes de su muerte, Carlos VI intentó

convencer a los Estados alemanes de que aceptaran la Pragmática Sanción de 1713, para de esta forma posibilitar que una mujer, en este caso su hija, pudiese sucederle en el trono.

Obviamente, no todos estuvieron de acuerdo en aceptar la voluntad del difunto rey, por lo que, dos meses después del fallecimiento del emperador, el rey Federico II de Prusia invadió Silesia. Corría el 16 de diciembre de 1740. El rey prusiano no dejó pasar la oportunidad de actuar cuando vislumbró el posible desmembramiento de Austria como consecuencia de su grave crisis sucesoria, por lo que buscó el apoyo de su aliado natural, Francia, considerada árbitro de Europa desde el final de la guerra de Sucesión de Polonia.

La situación de María Teresa era crítica, ya que sus medios militares no eran los más adecuados para afrontar una guerra de estas características. Francia parecía dispuesta a sacar beneficio de esta situación, al tiempo que España seguía reclamando la recuperación de los territorios italianos ocupados ahora por Austria. Mientras, los prusianos anhelaban la rica región de Silesia. La situación se vino a complicar aún más, porque en Francia el partido antiaustríaco, unido a la figura preeminente de Belle Isle, con gran influencia sobre Luis XV, decidió apoyar a Carlos Alberto de Baviera como candidato a la Corona imperial.

Sin tiempo que perder, Belle Isle organizó una fuerte coalición contra María Teresa de Austria, a la que se unieron, por el Tratado de Nymphenburg del 28 de marzo de 1741, Francia, España, Prusia, Baviera y el reino de las Dos Sicilias. La derrota de Austria parecía inminente, pero con lo que no pudie-

La guerra de Sucesión al trono de Austria se desencadenó como consecuencia de la muerte del emperador Carlos VI en 1740, al que sucedió su hija María Teresa

ron contar los franceses fue con la capacidad de resistencia de la reina austríaca y el decidido apoyo que Gran Bretaña ofreció a María Teresa; ni, especialmente, con la sorprendente decisión que tomaría Federico II de Prusia poco tiempo más tarde.

Con la intención de no dejar aislado a Carlos Alberto de Baviera, que ambicionaba Bohemia, un ejército francés compuesto por cuarenta mil hombres se puso en movimiento y atravesó el Rin para unirse con sus aliados bávaros. Juntas, las tropas de Francia y Baviera marcharon hacia el sur, siguiendo el curso del río Danubio, llegando incluso a amenazar la ciudad de Viena, por lo que María Teresa no tuvo más remedio que huir desesperadamente y buscar refugio en Presburg. Obviamente, el ejército franco-bávaro no estaba en condiciones de ocupar la capital imperial, por lo que de forma inmediata se dirigieron hacia Bohemia y conquistaron la ciudad de Praga el 25 de noviembre de 1741. Carlos Alberto pudo, al fin, ver cumplido su sueño, y por eso no dudó en hacerse proclamar rey de Bohemia el 24 de enero de 1742. El triunfo francés fue



Retrato del emperador Carlos VI, por Jan Kupecký (ca. 1720)

aprovechado por Federico II de Prusia, que se vio con las manos libres y sin la oposición del ejército austriaco, ocupado en otros escenarios más estratégicos, para terminar la conquista de Silesia, el principal objetivo que se había marcado en los últimos años. Por ello, partir de ese momento en el rey prusiano predominaría un anhelo de paz para ponerse a cubierto de los caprichos de la fortuna.

Mientras tanto, Inglaterra daba muestras de una hábil diplomacia y presionaba a María Teresa para que aceptase la pérdida de Silesia, la cual fue ofrecida, junto al condado de Glatz, al rey Federico, permitiendo

que Prusia abandonase el conflicto y firmase la paz con Austria. De repente Francia se vio contra las cuerdas al ver reducido el número de sus aliados y verse presionada tanto por Inglaterra como por Austria, que ahora, alejado ya el peligro prusiano, podía centrar su esfuerzo bélico en la lucha contra Francia. De esta manera, María Teresa no dejó pasar el tiempo y, con ánimos renovados, organizó un nuevo ejército formado por sesenta mil hombres, apoyados por la nobleza magiar, con los que contraatacó a los franceses, que aún estaban dirigidos por Belle-Isle. A comienzos de 1742, Baviera sufrió la brutal acometida del ejército austríaco, el cual ocupó Múnich sin demasiados problemas, mientras que los veinticinco mil franceses acantonados en Bohemia tuvieron que retroceder para no verse aislados y rodeados por las fuerzas enemigas, dejando sólo una pequeña guarnición la mando del

coronel Chevert para proteger Praga, pero que nada pudo hacer para evitar la caída de la ciudad en diciembre de 1742.

Superado por los acontecimientos, los franceses intentaron negociar con la reina María Teresa, pero esta, animada por sus recientes éxitos militares, decidió continuar con la guerra para vengar todas las ofensas sufridas y recuperar los territorios perdidos. De pronto, Francia se vio amenazada por varios frentes, ya que Inglaterra no perdió la oportunidad de presionar desde el norte. Afortunadamente para los franceses, los españoles seguían batiéndose en el mar y en América contra los ingleses, evitando que estos cayesen sobre una Francia que ahora hacía todo lo posible por no retroceder sus posiciones. La evolución de la guerra marítima fue, por otra parte, un factor determinante para entender la evolución de la po-

«La batalla de Fontenoy», por Pierre L'Enfant (1747)



lítica inglesa durante estos primeros años de conflicto. El siempre prudente Walpole defendió la necesidad de no involucrarse en la guerra europea, especialmente después de las derrotas sufridas ante los españoles en el mar. Newcastle, a su vez, defendía el apoyo a Austria con la intención de debilitar a Francia, mientras que Harrington se mostraba partidario de un acercamiento a Prusia.

La controversia no se solucionó hasta la caída de Walpole en febrero de 1742, lo que significó el triunfo de los partidarios de la lucha contra Francia y España, encabezados desde ese momento por Lord Carteret, en su papel de flamante secretario de Estado. Fue él quien denunció cualquier tipo de entendimiento con el gobierno de Luis XV para, a continuación, proponer una política hannoveriana para presionar a Francia; mientras, por el tratado de Westminster, con Federico II se establecía una alianza defensiva entre Inglaterra y Prusia. Puesto al frente de las tropas de Hannover, el soberano inglés Jorge II consiguió derrotar a los franceses en junio de 1743 en la batalla de Dettingen. Para colmo de males, los franceses comprendieron que sus enemigos no iban a dejar pasar la oportunidad de dar el golpe de gracia a Francia, especialmente cuando Inglaterra trató de resucitar la gran alianza de 1701, atrayéndose a Austria y Baviera –por el plan de Hanau de 1743, Carlos

VII de Baviera renunciaba al imperio pero recuperaba los territorios perdidos antes María Teresa–. Mientras tanto, por la paz de Worms del 13 de septiembre de 1743, Carlos Manuel III del Piamonte firmaba la paz con Austria y abandonaba a Francia, hasta ese momento aliada. Por si pudiese parecer poco, tras el Tratado de Åbo, la zarina Isabel se adhirió a la alianza anglo-austríaca.

Superado por los acontecimientos, los franceses intentaron negociar con la reina María Teresa, pero esta, animada por sus recientes éxitos militares, decidió continuar con la guerra

A finales del año 1743, Francia se hallaba aislada; frente a ella tenía a los reinos aliados de Inglaterra: Austria, Sajonia y Piamonte-Cerdeña (que a su vez contaban con el apoyo de Prusia y Rusia). Afortunadamente, aún podía contar con el apoyo de España y de su poderosa Armada, que, contra todo pronóstico, seguía resistiendo frente a los ingleses. El año 1744 se inició con el ataque de los

ejércitos coaligados sobre Polonia, cuyo rey Estanislao, amenazado por el avance de los húsares austríacos, se vio obligado a huir y refugiarse en la plaza fuerte de Metz, clave para el sostenimiento del entramado defensivo galo. Hasta allí se dirigió un potente ejército a cuyo frente se situó el mismísimo rey Luis XV; pero nada más llegar a su destino cayó gravemente enfermo, aunque la situación se logró solventar gracias a la pronta recuperación del monarca y a la retirada de los ejércitos coaligados a causa de los desacuerdos entre los atacantes. La nueva alianza franco-prusiana le dio un respiro

a Luis XV, especialmente cuando Federico II lanzó sus tropas sobre Bohemia y volvió a amenazar Praga, lo que provocó una reacción austriaca, ya que María Teresa hizo regresar a su ejército, renunciando a su ataque contra Alsacia y las posiciones defensivas galas. Esta segunda guerra de Silesia supuso el fracaso de la política inglesa con respecto a Austria, y fue aprovechada por Francia para tratar de impulsar nuevas negociaciones de paz. La guerra podría haber terminado en estos momentos, pero desgraciadamente las posturas antiaustriacas volvieron a imponerse en Francia, por lo que la guerra entró en una segunda fase que duraría hasta 1748.

La muerte de Fleury empujó a Luis XV a tomar las riendas de la política francesa. Siendo como era un hombre totalmente influenciable, pronto se dejó seducir por las palabras del mariscal Mauricio de Sajonia, el cual proponía una campaña en los Países Bajos para recuperar las posiciones perdidas durante la guerra. Al mismo tiempo, el marqués d'Argenson, secretario de Estado de Asuntos Extranjeros, defendía la necesidad de convertir a Francia en el árbitro de la política continental, apoyándose en Prusia, en el Piamonte e, indudablemente, en España, con la que convenía mantener el pacto de familia. Mientras tanto, la lucha continuaba. En Italia, los españoles y

los franceses, con el apoyo de los napolitanos de don Carlos, atacaron el Milanesado y las posesiones del rey de Cerdeña (aliado de Austria). Acorralado, y temiendo incluso la pérdida de su plaza fuerte de Alejandría, no tuvo más remedio que solicitar negociaciones de paz con el bando borbónico. Sin embargo, las alegrías les duraron poco a los franceses, especialmente a d'Argenson, porque, inmediatamente después, la interven-

ción y el apoyo de Austria permitió al rey de Cerdeña rehacer sus fuerzas y plantar cara a los franceses.

Nuevamente tocaba sufrir en el campo de batalla. En 1746 los ejércitos franceses fueron derrotados en Piacenza y se ven obligados a batirse en retirada. La política supremacista de d'Argenson comenzaba a sufrir duros reveses, más aún cuando el rey prusiano volvió a asombrar a propios y extraños decidiendo,

de forma unilateral, abandonar la alianza con Francia, al considerar que no se hacía lo suficiente para ver satisfechos sus propios intereses.

En julio de 1745, por la Convención de Hannover, Federico II firmaba la paz con Inglaterra; mientras, en diciembre de ese mismo año, por el Tratado de Dresde, Austria se comprometía a ceder a Prusia la anhelada región de Silesia. No sin dificultades, los franceses consiguieron estabilizar la situa-

En julio de 1745, por la Convención de Hannover, Federico II firmaba la paz con Inglaterra; mientras, en diciembre, por el Tratado de Dresde, Austria se comprometía a ceder a Prusia la región de Silesia

ción y superar las dificultades que les habían amenazado en los años precedentes. Haciendo ostentación de una enorme capacidad de resistencia, Luis XV volvió a cargar contra los Países Bajos, encargando las operaciones militares al prestigioso Mauricio de Sajonia. Las tropas anglo-holandesas, apoyadas por los austríacos, fueron rechazadas y derrotadas en las decisivas batallas de Fontenoy (1745), Rocourt (1746) y Lawfeld (1747). Una tras otra, las ciudades fueron capitulando ante el imparable avance de Mauricio de Sajonia: Gante, Bruselas, Amberes y Namur.

La caída de Berg-op Zoom y Maastricht forzó a los ingleses y holandeses a replantearse la continuación de la guerra, algo que también deseaba Francia desde el 46, por lo que d'Argenson propuso un proyecto para volver al *statu quo* previo al estallido del conflicto. Sin embargo, Newcastle siguió presionando al rey inglés para continuar con el esfuerzo y conseguir la victoria total. La muerte de Felipe V y la llegada al trono de España de Fernando VI, emparentado por su esposa con Portugal, fue considerado como una gran oportunidad para alejar al nuevo rey de la alianza con Francia, pero el intento de Newcastle de arreglar un acuerdo con España resultó imposible por Gibraltar, el asiento y el problema italiano. En esta partida en la que cada reino trató de esconder sus cartas con la intención de no dejar patentes sus debilidades, el que menos capacidad de resistencia resultó tener fue Francia, totalmente agobiada por sus graves problemas económicos y coloniales, casi incapaz de mantener sus posiciones en Canadá. En este contexto se produjo la caída de d'Argenson, desplazado por Mauricio de Sajonia, quien decidió forzar a los ingleses ocupando las bocas del Rin, amenazando

así directamente a las islas, por lo cual el hijo de Jorge II, el duque de Cumberland, se inclinó por el acuerdo de paz. Austria, exhausta por tantos años de conflicto, decidió mandar sus emisarios a Aix-la-Chapelle en enero de 1748.

Las principales potencias europeas acudieron al encuentro con la intención de quedar lo mejor posible después de tan largos años de guerra. María Teresa de Austria no llegó ni siquiera a plantearse la posibilidad de hacer concesiones territoriales, al tiempo que suspiraba por un acercamiento con Francia, con la lógica intención de reemprender la lucha contra Prusia, a la que no perdonaba por la conquista de la rica región de Silesia. En Francia fueron muchos

Federico II de Prusia, retrato de Anton Graff (1781)





Luis XV de Francia, por Hyacinthe Rigaud (1730)

los que observaron con cierto agrado esta posible alianza (especialmente el ministro Brühl, Mauricio de Sajonia y la delfina María Josefa de Sajonia), ya que podría proporcionar ventajas territoriales en los Países Bajos. Mientras tanto, los ingleses seguían sufriendo como consecuencia de su guerra contra España en el mar, y tenían por tanto prisas por terminar con la guerra europea, por lo cual aceptaron una solución de compromiso y la iniciativa de Francia.

De esta forma, el tratado del 30 de abril de 1748 establecía, en un principio, la simple restitución entre Francia e Inglaterra de las conquistas coloniales durante los años que

De esta forma, el tratado del 30 de abril de 1748 establecía, en un principio, la simple restitución entre Francia e Inglaterra de las conquistas coloniales durante los años que había durado la guerra

había durado la guerra. Haciendo de tripas corazón, Luis XV terminó aceptando la imposición de abandonar los Países Bajos, algo que no fue bien visto por un nutrido grupo de la corte francesa. Más interesado estuvo en apoyar las pretensiones italianas por parte de los españoles.

Don Felipe, segundo hijo de Felipe V, recibió los ducados de Parma y Piacenza, arrebatados a Austria, por lo que la presencia de España en la Italia quedó fortalecida. Austria, por otra parte, no tuvo tanta suerte, ya que se vio obligada a ceder parte del Milanesado a su aliado el rey de Cerdeña, y a reconocer la pérdida de Silesia a favor de Federico II de Prusia. No todo fueron malas noticias, pues, conscientes de su enorme sacrificio para alcanzar un acuerdo de paz, los distintos reinos europeos terminaron reconociendo la Pragmática Sanción y confirmaron a su marido en el trono imperial. ■

El final de la Guerra de Sucesión supuso la aparición de una nueva dinastía en España. En este libro, el autor analiza la política de los primeros gobiernos de Felipe V que, afortunadamente, tuvieron la visión y el coraje de introducir las reformas que necesitaba el país. Tras un intenso proceso de centralización se produjo una mejora de la gestión de los recursos propios y un evidente desarrollo en todos los órdenes (muy especialmente en la Armada) que permitió lo que en un principio parecía imposible: hacer frente a la todopoderosa Inglaterra en una guerra en la que se iba a decidir el destino de las dos grandes potencias atlánticas del continente. La guerra del Asiento entre los españoles y los británicos fue, por el volumen de los medios utilizados por ambos contendientes, así como por la enormidad del espacio geográfico donde se llevan a cabo los principales hechos militares, al igual que por los objetivos y planes estratégicos que persiguen ambos países, un conflicto que puede ser considerado como una de las primeras guerras modernas de la historia, cuyo resultado marcará el devenir de ambos países durante al menos medio siglo.

Martí P. Coronado es un reconocido profesor de historia, divulgador, articulista y escritor. Ha colaborado en las principales revistas de investigación histórica, tanto nacionales como internacionales y, de

LA GUERRA DE LA OREJA DE JENKINS

ESPAÑA CONTRA INGLATERRA

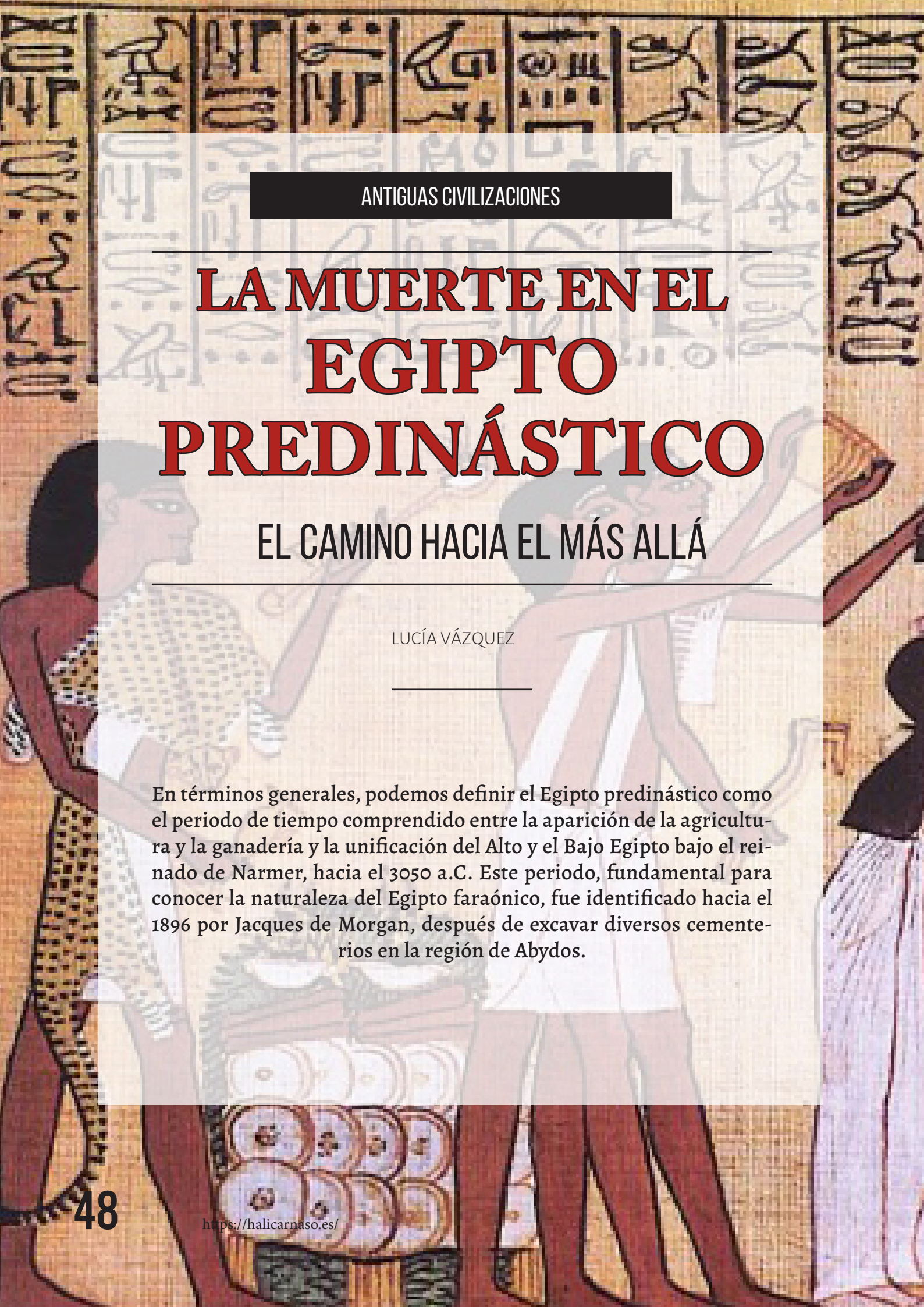


MARTÍ P. CORONADO

LH

LAUS HISPANIAE

igual forma, ha participado en la elaboración de numerosos documentales emitidos en diversos medios audiovisuales. Con La guerra de la oreja de Jenkins, el lector podrá comprender las consecuencias que tuvo para España el desarrollo de la política reformista de los primeros borbones, los intentos de la monarquía española por hacerse respetar en el mundo después de la Guerra de Sucesión, el renacimiento de la Armada y, por supuesto, participará en unos episodios bélicos, como las campañas españolas en Italia, la batalla de Cartagena de Indias o la Carrera del Glorioso que, desde entonces, ocupan un lugar de honor en la historia de las armas españolas.



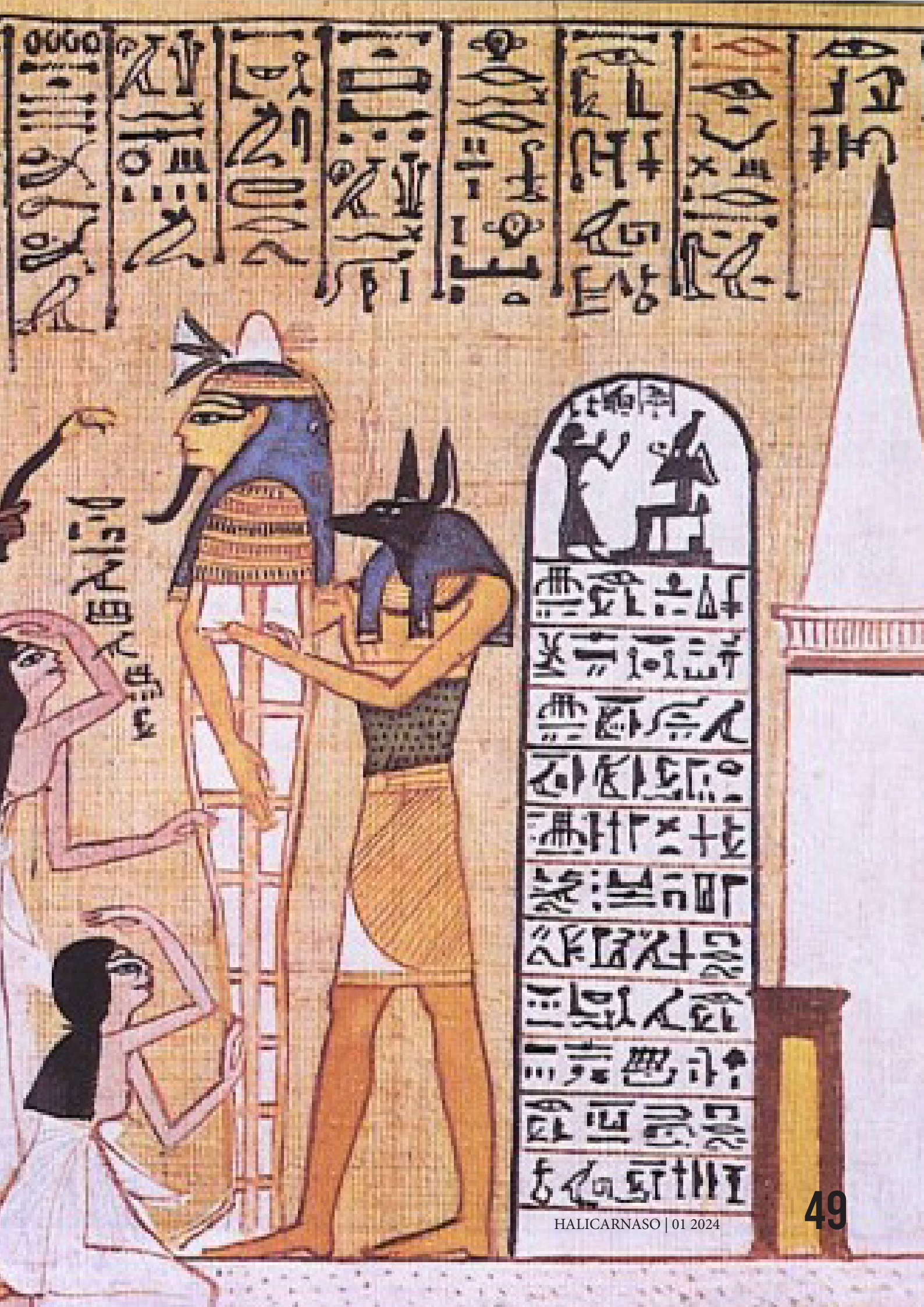
ANTIGUAS CIVILIZACIONES

LA MUERTE EN EL EGIPTO PREDINÁSTICO

EL CAMINO HACIA EL MÁS ALLÁ

LUCÍA VÁZQUEZ

En términos generales, podemos definir el Egipto predinástico como el periodo de tiempo comprendido entre la aparición de la agricultura y la ganadería y la unificación del Alto y el Bajo Egipto bajo el reinado de Narmer, hacia el 3050 a.C. Este periodo, fundamental para conocer la naturaleza del Egipto faraónico, fue identificado hacia el 1896 por Jacques de Morgan, después de excavar diversos cementerios en la región de Abydos.



Pero fue responsabilidad de Petrie probar las teorías de su compañero excavando en los cementerios de Nagada, Abadilla y Ballas, y llegando a reconocer tres culturas distintas, a las que más tarde dio el nombre de Amratiense, Gerzeense y Semainiense. Más tarde estos términos cayeron en desuso a favor de Nagada I, II y III, como periodos que presentan una auténtica unidad cultural, si bien con ligeras diferencias que justificaban un estudio por separado.

El predinástico primitivo está protagonizado en el sur por la cultura Badariense y en el norte como Fayum A o Merimdense. En el Bajo Egipto, la población vivía en cabañas circulares fabricadas con caña y no está constatada una auténtica jerarquización social. La excavación de sus lugares de habitación nos ha permitido saber que el excedente productivo se almacenaba en graneros colectivos; pero lo realmente llamativo para nosotros es constatar la existencia de una creencia en la vida después de

la muerte, entre otras cosas por la presencia de granos al lado de la cabeza de los difuntos, lo que indicaría un intento por parte de los vivos de asegurar la subsistencia de los muertos en la otra vida.

En el Alto Egipto, la cultura Badariense está datada en el V milenio a.C., y en términos generales no difiere en mucho de la de su vecina del norte. En relación con esta sociedad agrícola y ganadera, conocemos una gran cantidad de pequeños yacimientos que han proporcionado unas seiscientas tumbas, lo que nos permite, por vez primera en lo referente a la religión egipcia, comprender la importancia que tuvo el mundo de ultratumba.

La mayor parte de los sepulcros son unos sencillos agujeros hechos en el suelo, que contienen una pequeña estera en donde se depositaba, sin mucho ornamento, el cuerpo del difunto. Habitualmente, el cadáver está en posición fetal y casi todos ellos re-

Tumba de la dinastía I. Rey Qaa, hacia 2870 a.C.





Apofis en la Duat

posando sobre su lado izquierdo, con la cabeza hacia el sur y mirando hacia el oeste.

En las tumbas Badarienses es habitual la presencia de un tipo de cerámica fabricada a mano, pero de gran calidad, con unas paredes muy finas y cubiertas por un desengrasante orgánico. Estos interesantes vasos cerámicos se ponían a modo de ofrenda para acompañar al difunto en el viaje por el más allá. Estos primeros ajuares se irían haciendo cada vez más complejos en fechas posteriores, como en la cultura Nagada I o Amratien- se, que comienza a principios del IV milenio y cuyos restos tan solo han sido encontrados en el Alto Egipto. El estudio del registro material nos permite

suponer la inexistencia de una ruptura social con el Badariense; es más, las culturas de Badari y Nagada I coexisten en ciertos territorios, asimilándose para formar la primera civilización homogénea en el Alto Egipto.

Lo realmente llamativo para nosotros es constatar la existencia de una creencia en la vida después de la muerte, entre otras cosas por la presencia de granos al lado de la cabeza de los difuntos

Afortunadamente para los estudiosos de la arqueología funeraria, la mayor parte de los yacimientos encontrados son cementerios, y algunos de ellos utilizados durante toda la época predinástica. Las excavaciones realizadas por Flinders Petrie permitieron descubrir cerca de tres mil tumbas predinásticas, las cuales

ofrecían una amplia información sobre las relaciones que estos primeros egipcios establecieron con el mundo del más allá.

Tumba U-j de Abidos, del periodo Nagada



Las prácticas funerarias del Amratiense seguían las mismas pautas de las tumbas asociadas a la cultura anterior. El muerto era enterrado reposando sobre su lado izquierdo, en posición fetal o contraída, con la cabeza orientada hacia el sur y mirando hacia el oeste, lo que nos indica una posible creencia en la resurrección asociada con el culto al sol.

Algunas de estas tumbas, especialmente las más tempranas, eran simples agujeros circulares y muy poco profundas, sin apenas diferenciación social, pero poco a poco empezamos a detectar un destacable aumento de individuos sepultados en tumbas más grandes y complejas. Las del yacimiento

de Hieracómpolis destacan por su gran tamaño y su forma rectangular, habiéndose encontrado utensilios que podemos considerar como símbolos de poder. Durante

esta fase de Nagada I se empieza a detectar la progresiva desaparición de la costumbre de enterrar a los muertos envueltos en una piel de animal, de cabra o gacela, propia de las primeras fases, siendo sustituida por la de utilizar los primeros ataúdes de madera o arcilla.

Podemos constatar la existencia de auténticos sacrificios humanos, preludio de los que se llevaron a cabo durante el Dinástico Temprano

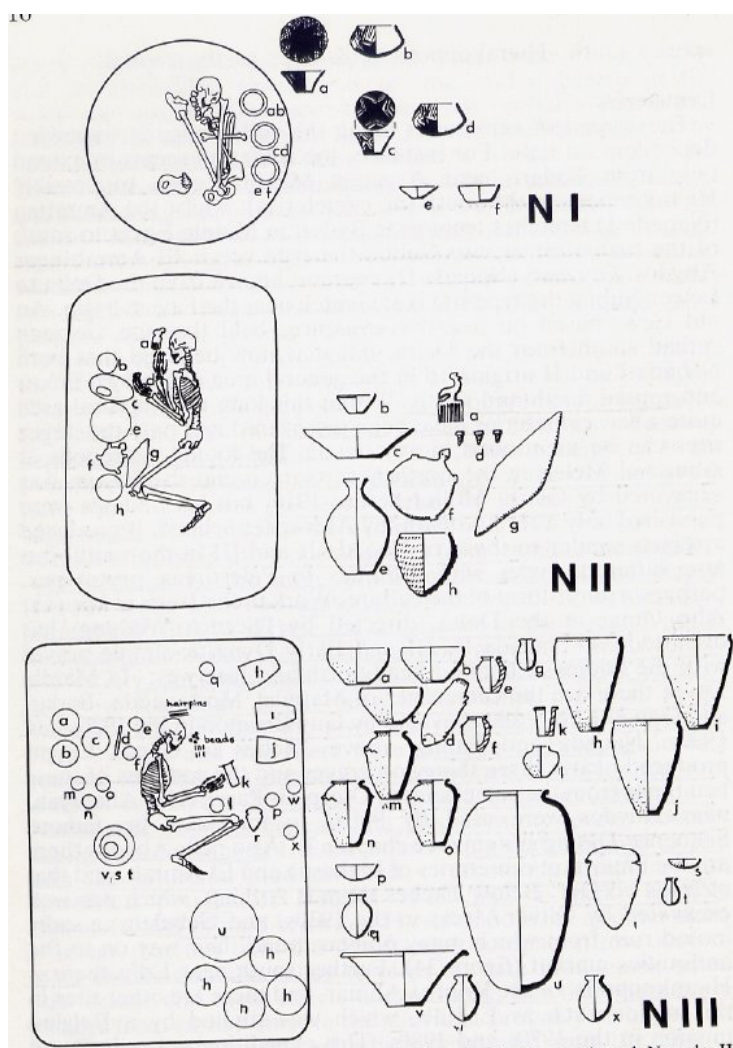
Cabe destacar, por último, la progresiva evolución de las tumbas Amratienses, desde las primeras, en las que apenas se detecta diferenciación en los enterramientos, hasta las más cercanas a la época dinástica,

en las que podemos observar los más antiguos ejemplos de arquitectura funeraria. En términos generales, y siguiendo los estudios de Maciver y Mace, podemos distinguir tres grandes grupos.

En primer lugar, osas poco profundas y redondeadas, excavadas a 1,30 metros, y con un espacio claramente insuficiente para dar sepultura al cuerpo en posición fetal y situar, a su alrededor, un mínimo ajuar funerario.

En segundo lugar, tumbas con forma oblonga, con ángulos redondeados y que se encuentran excavadas a más profundidad que las anteriores, rozando los dos metros. Algunas de estas tumbas empiezan a adquirir un tamaño destacable, e incluso algunas, fechadas en momentos cercanos al Gerzense, están cubiertas o techadas.

Por último, al final del Amratiense hacen su aparición las tumbas de nicho, desarrolladas a partir de las anteriores para dar solución al problema del espacio y poder ubicar un mayor ajuar funerario. En esta época, los arqueólogos detectaron la costumbre de situar los objetos que acompañaban al cuerpo del difunto, y que probablemente consideraban que debería de utilizar en el más allá, en una especie de bancada, a un nivel más alto que el muerto, ubicando tan solo los bienes de uso personal pegados al cuerpo. El resto del ajuar estaba situado en estos nichos, e incluso, más adelante, en pequeñas habitaciones subsidiarias, haciendo más compleja la estructura de la tumba, en un proceso que ya no se detendrá en la historia del Egipto faraónico. En el sur el Gerzense o Nagada II sustituye al anterior a mediados del IV milenio. Encontramos artesanos especializados lo que indica una



sociedad estratificada que se manifiesta en el ajuar funerario. La mayor parte de los autores parecen intuir el nacimiento de los nomos durante este periodo y la existencia de conflictos armados entre distintas unidades políticas. Culturalmente, esta fase no parece más que una evolución de Nagada I, caracterizada por una auténtica expansión hacia el norte y el sur.

Tumbas de la fase Nagada

Las tendencias funerarias de etapas anteriores se aceleran en estos momentos, y podemos detectar la presencia de algunas tumbas más grandes y elaboradas, con unos

ajuares muy ricos, como los encontrados en el cementerio T de Nagada y la tumba 100 de Hieracómpolis. La tipología de tumbas del Gerzense es muy variada, incluyendo las pequeñas sepulturas redondas u ovaladas, junto a los enterramientos en recipientes cerámicos o los recintos rectangulares, que incluyen distintos compartimentos para depositar unos ajuares cada vez más generosos.

La presencia de simples ataúdes hechos con barro sin cocer o con madera se hace más habitual, pero lo realmente interesante de estos enterramientos gerzenses son los primeros intentos de momificación al envolver los cuerpos con tiras de lino, tal y como podemos observar en la tumba doble de Adaima. Frente a otras pautas culturales

del Egipto faraónico que aparecen casi desde la nada, en lo referente a las prácticas funerarias, estas se desarrollan a partir de un proceso evolutivo fácilmente identificable desde tiempos predinásticos, aunque sin poder descartar orígenes muy anteriores.

Las prácticas funerarias se desarrollan a partir de un proceso evolutivo fácilmente identificable desde tiempos predinásticos

Los enterramientos en Nagada II siguen siendo mayoritariamente individuales, aunque los múltiples se van haciendo más abundantes, siendo los rituales funerarios más complejos. En este sentido podemos constatar la existencia de auténticos sacrificios humanos, preludio de los que se llevaron a cabo durante el Dinástico Temprano en la ciudad de Abydos, y cuya función principal sería no dejar solo al faraón en la vida del más allá. ■

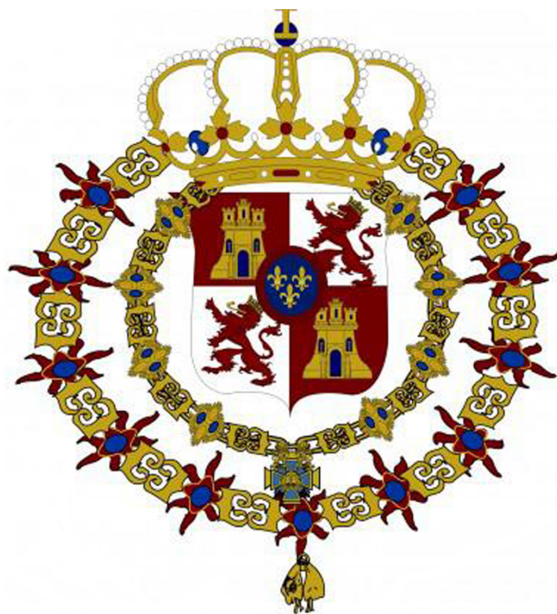
ron a cabo durante el Dinástico Temprano en la ciudad de Abydos, y cuya función principal sería no dejar solo al faraón en la vida del más allá. ■



Ajuar funerario en una tumba predinástica

LA GUERRA DE LA OREJA DE JENKINS

ESPAÑA CONTRA INGLATERRA



MARTÍ P. CORONADO

LH

LAUS HISPANIAE

PROMETEO

EL PROTECTOR DE LA HUMANIDAD

VICENTE FERNÁNDEZ DE BURGOS

Los griegos pensaban que, al principio de los tiempos, los dioses establecieron su hogar en la cima del monte Olimpo, un lugar cercano a las estrellas y donde Zeus, acompañado de las deidades más importantes del panteón griego, habría construido enormes mansiones de mármol y cristal, además de hermosos y coloridos jardines. Allí disfrutaron de una idílica existencia, aprovechándose del trabajo y el esfuerzo de los humanos, mientras ellos ocupaban su tiempo en la celebración de fastuosos banquetes y se nutrían con néctar y ambrosía, alimentos que aseguraban su inmortalidad.



«Prometeo trayendo
el fuego», Jan Cos-
siers (1751-1818).

© Museo del Prado, Madrid

«Prometeo trae el
fuego a la huma-
nidad», Heinrich
Füger (1751-1818)

Frente a la opulencia de los dioses olímpicos, los griegos se vieron obligados a soportar una vida de penurias. El cuidado de sus animales y el cultivo de unas tierras poco aptas para la agricultura no resultó suficiente para garantizar su supervivencia, por lo que, en los momentos de dificultad, pedían auxilio a sus dioses ofreciéndoles succulentas donaciones. La codicia de las divinidades olímpicas no parecía tener fin, ya que estos exigían la mitad de cada cosecha o de cada animal sacrificado para quemarla en los templos a modo de ofrenda. Cuenta el mito que un día, tras matar a un robusto buey para comérselo, los hombres empeza-

ron a debatir sobre la parte del animal que debían quedarse para ellos y la que debían entregar a sus severos dioses. Algunos reclamaban quedarse con la carne para poder alimentarse, pero otros temieron despertar la ira de los que habitaban en el Olimpo si a estos les ofrecían solo los huesos. La discusión alcanzó cotas tan altas que el mismísimo Zeus terminó entrando en la disputa, solicitando para los dioses inmortales la parte del animal más sustanciosa. Ni siquiera la petición del dios del cielo y el trueno pudo ser acatada por unos hombres que estaban pasando por auténticas dificultades para alimentar a sus familias, por lo que Zeus no tuvo más remedio que proponer al sabio y justo Prometeo para encontrar la solución más acertada. Desde ese momento, todos los animales serían repartidos de la forma que Prometeo considerase oportuna, de ahí la importancia de su decisión.

Prometeo, hijo de Jápeto y la oceánide Clímene, pertenecía a la raza de los titanes. Era un ser respetado por su recto sentido de



Prometeo, hijo de
Jápeto y la oceánide
Clímene, pertenecía a
la raza de los titanes.
Era un ser respetado
por su recto sentido
de la justicia y por su
excelsa sabiduría e
inteligencia

la justicia y por su excelsa sabiduría e inteligencia, lo que le llevó a dominar todas las ciencias y las artes. Cuando Zeus le pidió su mediación, Prometeo se encontró ante un gran dilema. Sabía que los dioses eran codiciosos y egoístas, además de vengativos, pero consideraba injusto privar a los hombres de la carne de un buey que ellos mismos habían cuidado. Ellos eran los que deberían de quedarse, pues, con la mejor porción, pero por encima de todo se debería evitar la cólera de Zeus, por lo que Prometeo urdió un plan para que el dios considerase que la decisión de quedarse con los despojos la había tomado él mismo.

Inmediatamente, Prometeo descuartizó el animal y dividió sus restos en dos partes. En el primer montón puso la piel del buey, la carne y las vísceras, pero ocultándolo todo en el vientre del animal, tomando un aspecto gris y poco apetitoso. En el otro puso los huesos, pero los cubrió de apetitosa grasa, dándole un aspecto brillante y apetecible. El ardid estaba preparado; ahora sólo ha-

cía falta esperar la decisión del dios, que, como no pudo ser de otra manera, fue la de quedarse con el montón de huesos cubiertos con grasa. Indignado por el engaño, el dios entró en cólera. La tierra retumbó y los cielos se llenaron de rayos. Pero lo peor aún estaba por llegar, porque Zeus trató de cobrarse venganza, robándoles el fuego a los hombres para que estos se tuviesen que comer la carne cruda.

La Tierra se hizo entonces inhabitable. El frío glacial helaba las aldeas y las ciudades de los hombres, mientras que las bestias hostigaban a los campesinos y a todos

«Prometeo encadenado», Rubens y Snyders



Fue entonces cuando Prometeo demostró nuevamente su valor y astucia para convertirse en el gran benefactor de la humanidad, en el héroe capaz de luchar contra los más poderosos

aquellos que cometiesen la imprudencia de abandonar sus hogares. La más absoluta oscuridad atormentaba el ánimo de un pueblo que levantó su mirada al cielo suplicando el perdón de los dioses. Fue entonces cuando Prometeo demostró nuevamente su valor y astucia para convertirse en el gran benefactor de la humanidad, en el héroe capaz de luchar contra los más poderosos con el único objetivo de proteger a los indefensos.

Sigilosamente, Prometeo se internó en el monte Olimpo, tratando de pasar lo más desapercibidamente posible. Una vez allí, se acercó a la forja de Hefesto y consiguió recuperar el fuego haciendo prender el tallo de una cañaheja. Cumplido su objetivo, bajó de nuevo hasta la Tierra y encendió una antorcha, que finalmente regaló a los

hombres. Cuando fue consciente de la nueva treta pertrechada por el díscolo titán, Zeus descargó toda su furia sobre aquellos

que no respetaron el poder del rey de los dioses. A los hombres les envió a una mujer llamada Pandora con una caja en cuyo interior estaban todos los males del mundo, mientras que a Prometeo le mandó encadenar en una de las montañas del Cáucaso, en donde se vería obligado a permanecer durante el resto de la eternidad, sufriendo un calor asfixiante durante el día y un

frío intenso por la noche. Cada mañana, un águila enviada por Zeus se encargaba de comerle el hígado al desdichado titán, que rogaba al cielo por una muerte rápida que nunca se producía, porque por la noche su hígado se regeneraba para convertir su agonía en un auténtico infierno. ■

Se acercó a la forja y consiguió recuperar el fuego. Cumplido su objetivo, bajó de nuevo hasta la Tierra y encendió una antorcha, que finalmente regaló a los hombres

«Prometeo y Atenea crean al primer hombre», mármol blanco, hacia 185 d.C.



JAVIER RAMOS
JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

GRANDES ENIGMAS DEL PASADO

¿Quiénes construyeron los moáis de la isla de Pascua? ¿En qué lugares se ha buscado el Arca de la Alianza? ¿Llegaron a América los templarios antes que Cristóbal Colón? ¿Podría estar la tumba de Alejandro Magno en Venecia? ¿Por qué se dice que Moscú cuenta con una red clandestina de metro?

PRÓLOGO DE MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI





IÓSI STALIN

EL HOMBRE DE ACERO

JUAN PABLO PERABÁ & JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

«Uno de sus errores fue infravalorar a una de las cinco grandes familias feudales. Si hubiera aniquilado a esas cinco familias no se habrían producido los años turbulentos. Pero Iván el Terrible podía ejecutar a alguien y perder luego mucho tiempo arrepintiéndose y rezando. En este sentido, Dios le supuso un estorbo. Tenía que haber actuado con más decisión todavía».

Stalin.

Iósif Vissariónovich Dzhugashvili (Stalin) fue el tercer hijo del matrimonio formado por Vissarión Dzhugashvili y Yekaterina Gueladze, de clase muy humilde. Nació el 18 de diciembre de 1878 en Gori (actual Georgia). Sus padres eran semianalfabetos y habían nacido como siervos. De salud siempre frágil y aquejado de continuas dolencias, tuvo una infancia turbulenta, pero aun así pudo sentirse afortunado, ya que fue el único de los cuatro hijos de la pareja que logró sobrevivir en un hogar sumido en la pobreza. Las dudas que siempre planearon sobre la paternidad de Iósif hicieron que su padre, que era alcohólico, acabara cayendo en comportamientos violentos y en una actitud paranoica que hizo que sus conocidos lo apodaran el loco. Proclive a las reyertas y peleas continuas, la agresividad recayó también en su familia, hasta el punto de que Iósif quedó marcado en su

carácter. Algunos compañeros de su colegio lo llegaron a calificar como un niño triste y sin corazón. Los sentimientos hacia su padre eran de miedo, y no sin razón, pues los malos tratos eran permanentes.

En sus primeros años de escuela llegó a destacar como estudiante, lo que propició que fuera recomendado para ingresar en el Seminario Teológico Ortodoxo de Tiflis, donde pasó cinco años en los que se fue adentrando en la doctrina marxista y abandonando su fe religiosa. Acabaría siendo expulsado por causas que aún son discutidas, si bien la causa oficial esgrimida por el centro es que no se había presentado a los exámenes. Probablemente también influyera que fuera acusado de realizar propaganda marxista entre los compañeros. El hecho es que, una vez abandonado el seminario, se puede decir que inició su vida adulta. En aquellos

La madre de Stalin, Yekaterina Gueladze (izquierda) y el padre, Vissarión Dzhugashvili (derecha)



momentos, el marxismo, que había conocido en su estancia en el Seminario, estaba abriéndose paso poco a poco en la sociedad y forjando su personalidad de revolucionario, agitador y propagandista.

A partir de entonces comenzó una intensa actividad que le llevaría a la cárcel y al destierro en varias ocasiones. En 1901 decidió comenzar una vida en la clandestinidad, dedicándose profesionalmente a la actividad revolucionaria. Por aquel entonces los mencheviques y los bolcheviques compartían su actitud de lucha contra la opresión del régimen zarista, si bien los primeros tendían a un talante más conciliador. Es por ello que Iósif, por su inclinación natural, se sintió más identificado con los bolcheviques, más proclives a la violencia para alcanzar sus objetivos políticos.

En pocos años tuvieron lugar una serie de acontecimientos en la historia de Rusia que acabarían desencadenando el estallido revolucionario. Por una parte, el enfrentamiento bélico con Japón se saldó con una humillante derrota que provocaría una situación de carestía de alimentos básicos, desembocando en hambrunas. Por otra, se produjeron continuas manifestaciones callejeras que fueron creando un clima de agitación social que acabó desembocando

en los acontecimientos del 22 de enero de 1905, conocido como «domingo sangriento», y que fueron los que prendieron la mecha de la sublevación popular contra el régimen zarista. En esa fecha se llevó a cabo una marcha pacífica cuyo objetivo era pedir alzar la convocatoria de una Asamblea Constituyente y una serie de mejoras laborales. La reacción de Nicolás II, mal aconsejado

por sus ministros, hizo que cambiara irreversiblemente la percepción que los rusos tenían de él, pues reprimió de forma brutal la protesta, de forma que fue apodado a partir de entonces Nicolás el sangriento. A pesar de todo, finalmente cedió en parte a las reivindicaciones, anunciando una serie de medidas que aliviaran el carácter absolutista de la Monarquía, tales como la convocatoria de la Duma o Parlamento o la promulga-

ción de la primera constitución de Rusia. Pero esto no fue considerado suficiente y la situación de inestabilidad y de agitación popular continuó.

Al joven Iósif se le conocía por entonces como Koba, y sobre estas fechas fue cuando tuvo su primer encuentro con Lenin, que le causó una gran desilusión, pues lo vio demasiado normal tanto en aspecto físico como en personalidad, en contraste con el gran hombre que esperaba encontrarse. En los sucesivos congresos del Partido ambos

**Algunos compañeros
de su colegio lo
llegaron a calificar
como un niño triste
y sin corazón. Los
sentimientos hacia su
padre eran de miedo,
y no sin razón, pues
los malos tratos eran
permanentes**

Stalin y Lenin en
1919.



personajes se fueron conociendo, a la vez que se producía la división cada vez más palpable entre bolcheviques y mencheviques, estos últimos partidarios de mantenerse dentro de la legalidad, mientras los primeros justificaban cualquier medio a su alcance para instaurar el régimen que ellos mismos denominan «dictadura del proletariado».

En el Congreso de Praga de 1912, el todavía conocido como Koba entró a formar parte del Comité Central bolchevique. Fue entonces cuando adoptó el apodo de Stalin, 'hombre de acero', con el que sería conocido a partir de entonces. Por estas fechas se incorporó al consejo editorial del periódico Pravda. Lenin le encargó la redacción de un estudio teórico sobre el marxismo y la cuestión nacional rusa, que sería publicado en 1913 y que consagraría a Stalin como el gran teórico del Partido. Durante la Primera Guerra Mundial, en la que Rusia fue derrotada, Stalin permaneció en Siberia,

donde fue desterrado tras ser detenido por la policía. Pudo regresar a la Rusia europea aprovechando los acontecimientos de febrero de 1917. En esas fechas, se produjo una manifestación espontánea que reclamaba alimentos ante el estado de carestía generado por la guerra. El Gobierno mandó al ejército para reprimirla, pero en lugar de eso, la mayor parte de los militares se adhirió a la protesta, negándose a utilizar la fuerza contra la población. Las movilizaciones provocaron la caída del gobierno y la posterior abdicación de Nicolás II en su hermano, que también renunció al trono, reclamando el sometimiento a un Gobierno provisional, que sería dirigido por Alexandr Kerensky.

El gobierno de Kerensky ordenó arrestar a los líderes bolcheviques, incluido Lenin, que logró escapar por la frontera con Finlandia. En este contexto, Stalin logró reforzar su autoridad. Era miembro del Comité Central, diputado del Soviet de Petrogrado y

editor del periódico del Partido. Aunque no jugó un papel relevante en la revolución de octubre de 1917, desde un segundo plano fue adquiriendo notoriedad progresivamente dentro del Partido. El 25 de octubre se produjo el segundo golpe revolucionario. Las milicias bolcheviques asaltaron el Palacio de Invierno de Petrogrado, al tiempo que ocupaban los puntos estratégicos de la ciudad. A pesar de haber sido derrotados en las elecciones a Asamblea Constituyente poco antes, Lenin se negó a compartir el poder y ordenó la disolución de la cámara, dejando claro que la única autoridad era el gobierno bolchevique y que no había lugar para el «viejo parlamentarismo burgués». Se instauraba así la deno-

minada «dictadura del proletariado», que en realidad sería una férrea dictadura de partido.

En el Congreso de Praga de 1912, el todavía conocido como Koba entró a formar parte del Comité Central bolchevique. Fue entonces cuando adoptó el apodo de Stalin, «hombre de acero»

Tras la Revolución de Octubre, Stalin era ya uno de los cuatro líderes del Partido junto a Lenin, Trotsky y Sverdlov. Fue nombrado comisario para las nacionalidades y también comisario de la Inspección de Obreros y Campesinos (el Rabkrin). No sabemos hasta qué punto Lenin fue consciente de la amenaza que para su autoridad representaba Stalin, pero lo cierto es que consintió esta acumulación de cargos, quizás porque le consideraba el más apto para resolver los problemas del Partido. Finalmente, en mayo de 1922, Lenin sufrió una apoplejía que le limitaba

LARGAS VELADAS DE TENSIÓN

«A Stalin, como a Hitler, le gustaba acostarse tarde y obligaba a sus colaboradores a que permaneciesen con él en veladas interminables. Uno de los motivos por los que deseaba que lo acompañasen es que

consideraba que mientras estuviesen con él no podían conspirar en su contra. En las reuniones en el Kremlin le gustaba levantarse de la larga mesa de tapete verde y caminar sigilosamente con sus botas

de cuero por detrás de sus colaboradores, que vivían momentos de enorme tensión, pues en cualquier momento Stalin podía humillarlos o hacerlos arrestar». (Lozano, Álvaro. *Stalin. El tirano rojo*. Nowtilus).

Stalin en su despacho (arriba) mientras en Ucrania perpetraba uno de sus mayores crímenes, la hambruna de Holodomor, muchas de cuyas víctimas fueron niños (abajo)



bastante en el ejercicio del cargo. Un mes antes, Stalin fue elegido secretario general del Partido. En diciembre de ese año la estructura estatal fue bautizada como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La disputa era ahora entre Stalin y Trotsky por el control del aparato del Partido. La dura competencia entre los dos se prolongó desde 1924 hasta 1927, y terminó con el triunfo del primero, despojando al segundo de todos sus cargos para posteriormente enviarlo al exilio (finalmente fue asesinado en México en 1940). Ahora Stalin era ya el

líder todopoderoso, tanto del Partido como de la recién nacida Unión Soviética. Estableció una política totalitaria y de terror que haría que fuera conocido como el zar rojo. Consideraba «enemigo del pueblo» a todo aquel que desafiara su autoridad. Ocupaba ya todos los cargos de poder: secretario general del PCUS, presidente del Politburó (Comité Ejecutivo) y de su Comité Central. Empezó también una serie de purgas dentro del Partido, las más conocidas de las cuales fueron los Procesos de Moscú, entre 1936 y 1938. Stalin transformó la vieja policía política leninista en el NKVD (Comisa-

riado Popular para Asuntos Internos), que entre otras cosas se encargaba de gestionar el conocido como Gulag, una red de campos de trabajo y reclusión que se extendía por todo el país. Se estima que, a lo largo de su dictadura, Stalin mandó asesinar a unos cuarenta y dos millones de personas.

Aunque fuera al precio de tanta sangre inocente, lo cierto es que convirtió un país atrasado y agrícola en una potencia mundial mediante el desarrollo de los Planes Quinquenales, que suponían la planificación estatal de toda la economía del país, desde la agricultura hasta la industria pesada. En la agricultura llevó a cabo la colectivización forzosa de la tierra, mediante la creación de granjas colectivas autónomas, conocidas como koljós. La propiedad era compartida, tanto de la tierra como de los utensilios de labranza. Esta política causó grandes hambrunas, pero consiguió los objetivos de producción planificados. Durante la Segunda Guerra Mundial, en agosto de 1939, Stalin firmó un pacto de no agresión con Alemania, dividiendo así sus esferas de influencia en Europa central, lo que le permitió recu-

perar algunos territorios que habían pertenecido en el pasado al Imperio ruso. Pero en 1941 Hitler rompió el pacto, invadiendo la URSS en lo que se conoció como Operación Barbarroja. Esta circunstancia empujó a Stalin a alinearse en el bando de los Aliados.

Durante el transcurso de la guerra las tropas soviéticas fueron avanzando hasta que, en mayo de 1945, entraron en Berlín, desempeñando un papel fundamental y decisivo en la victoria aliada sobre Alemania. Esto encumbró a la URSS al estatus de superpotencia y llevó a que Stalin fuera propuesto para el Premio Nobel de la Paz en 1945 y 1948. Como máximo dirigente de la Unión Soviética participó en las Conferencias de Yalta y de Postdam, donde se trazó el nuevo mapa de Europa. El régimen estalinista se prolongaría hasta la muerte de Stalin en 1953. Durante los primeros años de la posguerra estableció buenas relaciones con la China de Mao Zedong y la Corea del Norte de Kim Il-sung. Sin embargo, no fue así con los Estados Unidos, país con el que se inició un enfrentamiento latente que sería conocido como la Guerra Fría. ■

EL ÚLTIMO SUSPIRO

Svetlana Aliluyeva, la menor de los hijos del dictador, y que vivió bajo el influjo del nombre de su padre toda su vida, hizo un conocido relato de los últimos momentos de la vida de su padre. Dice así: «De

repente, abrió los ojos y miró a todo el mundo en la habitación. Era una mirada terrible, loca o quizá furiosa, y llena de miedo a la muerte. Entonces, ocurrió algo incomprensible y terrorífico. De

repente alzó su mano izquierda como si estuviese señalando algo por encima de él y nos estuviese maldiciendo. Al momento, después de un último esfuerzo, el espíritu se separó de la carne».



MISTERIOS POR RESOLVER

EL TESORO DE LA ISLA DEL COCO

UNA BÚSQUEDA QUE CONTINÚA

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

Desde hace muchos años se ha considerado a la isla del Coco como un lugar donde los más temidos y sanguinarios piratas pudieron esconder unos tesoros que en la actualidad siguen desaparecidos. Entre todas estas riquezas destaca el famoso tesoro de Lima, en torno al cual se generaron unos acontecimientos que han cautivado a muchos aventureros, que protagonizaron auténticas aventuras para tratar de resolver el misterio de la isla del Coco.



La isla del Coco es una de las pocas bases que pudieron utilizar los piratas que operaban en aguas del Pacífico para abastecerse de provisiones. La isla disponía de excelentes recursos hídricos y una nada desdeñable cantidad de alimentos, gracias, en parte, a la introducción de animales europeos como el cerdo, que proliferaron en estas latitudes. Estas son algunas de las razones por las que estos piratas eligieron aquel sitio como lugar de reunión, más aún teniendo en cuenta que entre la costa de Panamá y las islas Galápagos no había ningún otro sitio en donde hacer escala.

Siendo así, no nos debería extrañar la aparición de leyendas que narran las aventuras

William Dampier



de distintos piratas, entre ellos el sádico Henry Morgan, que llegaron a estas tierras cargados de oro y joyas. Como era costumbre, el botín se repartía entre todos los miembros de la tripulación, pero el temor a que sus codiciosos compañeros les quitasen su parte hizo que algunos de ellos enterrasen su oro en algún lugar secreto de la isla. Según se dice, estos codiciosos piratas escalaron por los acantilados que bordeaban la costa y, posteriormente, se adentraron en la espesura de la selva con la intención de ocultar unas riquezas que esperaban poder disfrutar en el futuro. Muchos confiaron en su memoria, pero otros decidieron elaborar extraños mapas que solo ellos podían interpretar. Como se imaginará el lector, no todos tuvieron la posibilidad de recuperar lo que en su día fue suyo. Algunos terminaron colgados de la horca y otros abatidos por el fuego artillero de un navío español, mientras que sus botines quedaban ocultos y olvidados, alimentando la ambición de muchos aventureros, que no tardarían en dirigirse a la isla y empezar una búsqueda que aún no ha terminado. De los tres gran-

No nos debería extrañar la aparición de leyendas que narran las aventuras de distintos piratas, entre ellos el sádico Henry Morgan, que llegaron a estas tierras cargados de oro y joyas

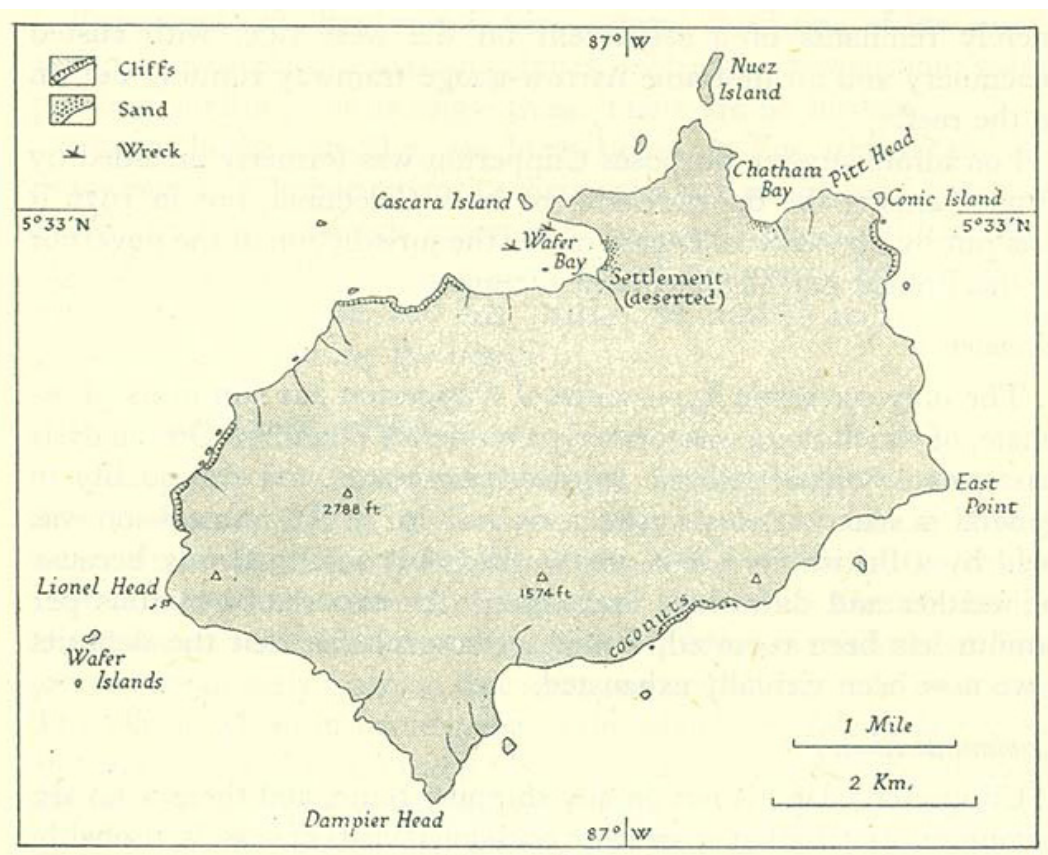
des tesoros que se supone hay en la isla, dos de ellos tuvieron que pertenecer a prestigiosos piratas. Uno de ellos fue Edward Davis, que formaba parte de un célebre grupo de bucaneros entre los que también estaban John Coxon, Bartholomew Sharp y William Dampier. Según cuentan las tradiciones, la base de operaciones de Davis estaba en esta isla del Coco, y desde allí dirigió sus ataques contra los barcos y ciudades españolas, haciendo que su fortuna creciese más y más hasta convertirse en legendaria. En 1684 decidió volver a Coco, y una vez allí enterró su tesoro en algún lugar desconocido. Mucho más tarde, la isla se convirtió en escondrijo de otro famoso pirata: el portugués Benito Bonito. En 1819, el pirata luso se hizo con un importante cargamento de oro procedente del puerto de Acapulco y, para evitar que cayese en manos de cualquier desconocido, lo ocultó en la bahía de Wafer, en la isla del Coco, con la esperanza de poder disfrutarlo durante su placentera «jubilación». Dos años más tarde, Benito Bonito murió luchando contra un militar británico de las Indias occidentales, por lo que su tesoro quedó oculto en la isla hasta que unos investigadores lograron identificarlo utilizando un moderno detector de metales.

Por fin se descubrió uno de los tres tesoros que según todos se encontraban en la isla, pero faltaban dos, y el último de ellos, el de Lima, fue siempre considerado como uno de los más espectaculares de la historia. Todo comenzó muchos años atrás, cuando las tropas realistas que defendían una de las pocas posiciones que los españoles conservaban en la América continental lo vieron todo perdido y decidieron evacuar sus riquezas. En octubre de 1820, ante el temor de que el tesoro del Perú cayese en manos de los independentistas hispanoamerica-



nos, el virrey Joaquín de la Pezuela contrató un barco inglés que estaba atracado en el puerto del Callao, el Mary Dear, capitaneado por William Thompson, con la intención de evacuar el tesoro y salvarlo del expolio que le esperaba si continuaba en la capital del virreinato. Con todas las esperanzas puestas en el joven navegante británico, los españoles empezaron a subir a bordo veinticuatro cajas gigantescas cargadas de oro y joyas preciosas, entre las que destacaban unas estatuas de oro macizo procedentes de la catedral de Lima. El día 22 de octubre, el Mary Dear abandonó definitivamente el puerto del Callao, pero, cuando apenas habían navegado unas pocas horas, el ca-

Bartholomew Sharp



Mapa de la isla del Coco

pitán Thompson le comunicó a su reducida tripulación qué era lo que verdaderamente llevaban en las bodegas del barco. Cegados por la codicia, los marineros no dudaron en acatar la propuesta de Thompson, que decidió poner rumbo hacia un antiguo refugio de piratas, la isla del Coco.

Una vez allí, en la bahía de Wafer ocultaron su cargamento en una cueva con 25 metros de profundidad. Como no podía faltar en una buena historia sobre piratas, los hombres del Mary Dear elaboraron un mapa, para no perder la pista del lugar en donde habían escondido su fortuna, y cuando lo tuvieron todo preparado levaron anclas y pusieron rumbo a la ciudad de Panamá, con tan mala suerte que a mitad de camino fueron interceptados por un corsario español, el Peruvian, que había salido de puerto tan

pronto como se creyó que el capitán británico no iba a cumplir su parte del trato.

Ansiosos por conocer el destino del tesoro de Lima, los españoles no dudaron en interrogar de la forma más persuasiva que pudieron a los once tripulantes que encontraron embarcados en el Mary Dear. Al negarse a confesar dónde habían escondido su enorme fortuna, ocho de ellos fueron fusilados inmediatamente, y sus cuerpos arrojados al mar. Ante esta demostración de fuerza, los tres supervivientes decidieron confesar e indicaron a sus captores que el tesoro había sido escondido en la isla del Coco. No es difícil imaginar la emoción que sintieron los navegantes del Peruvian cuando descubrieron, por fin, qué era lo que había sido de la enorme fortuna que el virrey Pezuela había sacado del Perú. Pero para una empresa

como ésta necesitaban pertrecharse, y por eso se dirigieron hacia el puerto de Panamá, donde no tardó en desencadenarse la desgracia. Una repentina epidemia de gripe diezmó a los tripulantes del barco español, y uno de los tres prisioneros que habían capturado en el Mary Dear, y que pensaban utilizar para encontrar el tesoro de Lima, murió víctima de la enfermedad, dejando a sus dos compañeros como los únicos testigos de su paradero.

Los días fueron pasando y la fiebre no parecía querer abandonar a unos hombres que empezaron a relajar la vigilancia sobre los dos presos, los cuales, después de dos semanas atracados en el puerto, lograron al fin recuperar la libertad. Una noche en la que todo parecía estar en calma, vieron la oportunidad de lanzarse al mar por una escotilla que encontraron abierta. Luchando por su

propia supervivencia, empezaron a nadar hasta llegar a un ballenero que permanecía anclado cerca del barco español. Cada vez más débiles, hicieron verdaderos esfuerzos por mantenerse a flote mientras que, en su desesperación, gritaban con todas sus fuerzas para que alguien acudiese a su encuentro. Tras varios minutos de agonía, fueron rescatados por el capitán James Morris, un ballenero norteamericano de New Bedford, que para alivio de los cautivos decidió partir el día siguiente con destino a Kona, en el

Islas Sandwich. Allí, uno de los dos jóvenes decidió desembarcar, pero el otro, un tal Thompson, prefirió seguir con Morris hasta su base en Massachussets, iniciando una vida dedicada al mar en barcos que transitaban las rutas entre los Estados Unidos y las islas del Caribe.

Cada uno tomó un camino distinto y no volvieron a encontrarse en el resto de sus vidas. El rastro del famoso tesoro de Lima

se había perdido para siempre. A partir de ese momento se inició una búsqueda no exenta de sobresaltos.

Un lejano día de agosto de 1844, estando Thompson en el puerto de La Habana, se encontró con John Keating, primer oficial de un barco canadiense, que tras invitarle a una cerveza le ofreció un puesto como marinero en su navío. El tiempo parecía haber hecho mella en el ánimo de

Thompson, ya no se sentía con fuerzas para recuperar el grandioso tesoro de Lima, por lo que, de camino a la península del Labrador, le contó a su nuevo valedor la gran aventura que vivió a bordo del Mary Dear.

Cuando por fin lograron atracar en el pequeño y tranquilo puerto de Saint John's Newfoundland, Keating intentó organizar una expedición hacia la isla del Coco, pero sus habitantes no pudieron ni siquiera imaginar cómo el primer oficial había logrado

Ansiosos por conocer el destino del tesoro de Lima, los españoles no dudaron en interrogar de la forma más persuasiva que pudieron a los once tripulantes que encontraron embarcados en el Mary Dear

creer los delirios de un marinero consumido por la edad y el alcohol, que por aquel entonces decidió renunciar a todos sus sueños y volver a su Inglaterra natal.

Dos años después encontramos a Keating con su su barco fondeado en el puerto de Colón, en Panamá. Una vez allí, atravesó el istmo para llegar a la costa pacífica, donde alquiló un pequeño barco con el que dirigirse a la isla del Coco, con el pretexto de que iba a visitar la tumba de un antiguo pariente enterrado en este lugar. Keating logró llegar tras unos días de complicada navegación, con su pequeño barco sufriendo las inclemencias de un océano que se interponía entre el hombre y su destino. Al llegar a la bahía de Chatham, desembarcó él sólo para dirigirse con un pequeño bote hasta la otra bahía de la isla, la de Wafer, donde sabía que existía un enorme tesoro enterrado.

El intrépido marinero empezó a andar siguiendo la ruta que años atrás le había indicado Thompson. Una hora más tarde logró alcanzar la cueva del tesoro, o eso es al menos lo que él pensó, y con mucho esfuerzo logró apartar la enorme piedra que cubría su entrada. Una vez dentro encontró un puñado de monedas de oro, una pequeña muestra de lo que allí debía encontrarse.

No hubo tiempo para más. Sin decir nada a nadie volvió a su embarcación y más tarde a su pueblo natal en Canadá, donde cambió sus monedas por la nada desdeñable cantidad de mil trescientas libras esterlinas, con las que compró dos barcos de pesca y amasó una importante fortuna.

Dos años después encontramos a Keating con su su barco fondeado en el puerto de Colón, en Panamá. Una vez allí, atravesó el istmo para llegar a la costa pacífica, donde alquiló un pequeño barco con el que dirigirse a la isla del Coco

La tentación de una vida acomodada hizo mella en este hombre de mar, que a partir de ese momento se dio a la buena vida. Pasaron los años y la salud de Keating se fue deteriorando, tanto que a partir del año 1870 vio cómo su cuerpo quedaba parcialmente paralizado, lo que le impidió cumplir su sueño de volver a la isla del Coco. Tuvo que ser su viuda la que decidió recuperar el proyecto de su difunto marido. En el 1897 partió de la Columbia británica a bordo del Aurora con dirección a

Coco. Lo más curioso de todo es que llevaba consigo un extraño mapa del tesoro, en el que se dibujaba la isla y un punto de tinta roja que señalaba el lugar exacto donde se debería excavar.

Pero los problemas empezaron pronto, porque, nada más llegar a su destino, el Gobernador Gissler se negó rotundamente a dejarles desembarcar en la isla; no obstante, poco después cambió de opinión cuando se le prometió una parte del botín y después

de observar maravillado el magnífico mapa que mostraba, sin ningún género de dudas, el lugar exacto en donde se encontraba el ya legendario tesoro de Lima. A pesar de todo, nada fue lo que lograron encontrar, por lo que la expedición llegó a su fin, cerrando un capítulo más de esta larga historia que había empezado casi cien años atrás. Desde entonces, el hallazgo de este enigmático mapa del tesoro se convirtió en una de las principales obsesiones de todos aquellos que trataron de resolver el misterio; lo que provocó, como el lector podrá imaginar, la aparición de incontables mapas falsos que complicaron aún más la búsqueda.

Algunos años atrás, un inglés llamado William Tucker había tratado de encontrar lo que Keating no pudo, mientras que en 1888 se produjo otro hecho importante en la búsqueda de este espectacular tesoro. Por aquel entonces, un joven marinero alemán llamado August Gissler conoció en Kona, Hawai, a un viejo y alcohólico escocés llamado Mackcomber, al que todos conocían como *Old Mack*, y que era célebre por las increíbles historias que contaba sobre tesoros y piratas, algo que muchos consideraban fruto de su desmesurado afán por el ron. Eso no le tuvo que importar mucho al muchacho, porque pronto cayó enamorado de su joven hija, una bella muchacha nativa que cautivó al alemán.

Antes de morir, Old Mack le confesó a Gissler que él era, ni más ni menos, que uno de los dos cautivos que en su día sobrevivieron al famoso robo del tesoro de Lima. Sin pensarlo, una vez fallecido su suegro, decidió viajar a la isla del Coco, lugar en el que consumió parte de su juventud persiguiendo un sueño que nunca se hizo realidad. Más tarde, en 1931, un naufragio llevó a tres jó-



venes californianos a habitar la isla durante seis meses. No les hizo falta más tiempo para descubrir una cueva del tesoro, tal y como insinuaron en un artículo publicado en la revista americana *Magazine* en 1932, cuyo título era «Seis meses en una isla desierta». Nadie pareció hacerles mucho caso, pero esta historia volvió a resurgir a finales del 1949, cuando uno de los náufragos, un tal Paul Stachwick, propuso al gobierno costarricense participar en el rescate del tesoro de Lima con la única condición de que

August Gissler

las pertenencias que habían pertenecido a la Iglesia le fueran devueltas a su dueño. Para asombro de todos, aseguró que el acceso a la cueva era sencillo.

Gran interés tuvo la publicación de una tesis por parte de un historiador graduado en la Universidad de Costa Rica, llamado Raúl Arias Sánchez, en la que demostraba que el tesoro de Lima no era un simple mito, sino un hecho histórico claramente constatado gracias a las referencias que nos llegaron de Thompson y Mackcomber, de la fortuna de Keating y, por qué no, de las ex-

Gran interés tuvo la publicación de una tesis por parte de un historiador, llamado Raúl Arias Sánchez, en la que demostraba que el tesoro de Lima no era un simple mito

cavaciones de Gissler. Desde ese momento, el investigador costarricense trató de convencer a su gobierno para que efectuasen un rastreo de la isla utilizando tecnología de última generación, procedentes de Air Images System, que no es sino una especie de filial de la NASA, y que emplearía una especie de sensores para generar mapas tridimensionales desde un avión que haría vuelos rasantes sobre la bahía de Wafer. Posiblemente éste sería el medio más adecuado para desentrañar, de una vez por todos, el misterio de esta lejana y enigmática isla. ■

Vista panorámica de la isla del Coco

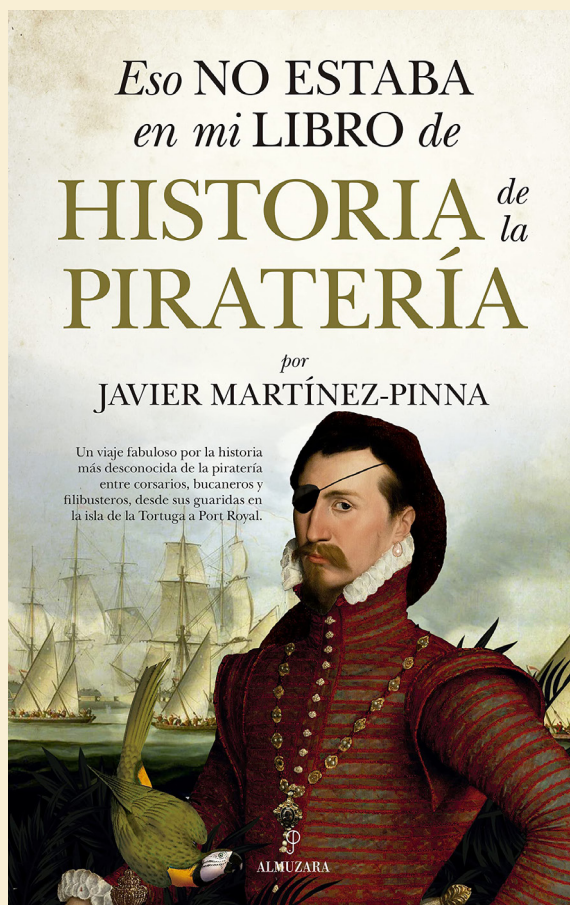


¿Sabía que aquellos que caían en manos de los infames piratas, como Morgan o El Olonés, sufrían inclementes torturas con la intención de confesar la ubicación de grandes tesoros que solo existían en la imaginación de sus captores? ¿O que la Chasse Partie era un documento redactado por el capitán pirata en el que se especificaba las normas de conducta y la forma en la que se repartiría el preciado botín?

¿Sabía que, antes de la batalla, Barbanegra se encendía mechas entre el cabello? ¿O que Cayo Julio César fue capturado por los piratas y su familia tuvo que pagar un alto precio para recuperarlo? ¿Y que los piratas vikingos trataron de conquistar la ciudad sagrada de Santiago de Compostela?

Durante muchos años, la literatura, y ahora los medios de comunicación, han transmitido una imagen de la piratería que poco o nada tiene que ver con la realidad. En estas páginas, Javier Martínez-Pinna ha sometido a crítica esta visión para mostrarnos las atrocidades pertrechadas por estos monstruos (Henry Morgan, El Olonés, Roque el Brasileño o Barbanegra), que hicieron del asesinato, la tortura y el crimen su forma de vida más característica.

Tampoco olvida mostrar cómo vivían los piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros; cómo era su día a día en el interior de esos barcos que navegaban sigilosamen-



te esperando el momento oportuno para caer sobre sus indefensas víctimas.

Con *Eso no estaba en mi libro de historia de la piratería* viajaremos hasta las principales guaridas y bases pirata en el Caribe, especialmente a la isla de la Tortuga y a Port Royal y, por supuesto, saldremos a la búsqueda de uno de esos fabulosos tesoros como los del Capitan Kidd, la isla del Roble o el del Coco, por lo que tendremos que analizar extraños mapas que marcan, con una «X», el lugar donde podremos hacernos con una gran fortuna o, más probablemente, pagar nuestra osadía con la muerte.



ESPAÑOLES CUM LAUDE

BALMIS

LA REAL EXPEDICIÓN FILANTRÓPICA DE LA VACUNA

JAVIER RAMOS
autor de *Eso no estaba en mi libro de Historia de Roma*

Balmis, un personaje de plena actualidad, fue un hombre que durante su vida desplegó una actividad científica muy diversa, con un interés especial en las aplicaciones terapéuticas de las especies botánicas; una personalidad como científico quedó indisolublemente unida a la Expedición Filantrópica de la Vacuna, que desde el año 1803 comenzó a introducir esta práctica preventiva en América. La expedición médica alicantina se convirtió, sin lugar a duda, en una de las aportaciones universales de la Corona española. Una gran gesta de la ciencia patria.

57

SUSCRÍBETE POR 20 € ANUALES
[HTTPS://LAUSHISPANIAE.ES](https://laushispaniae.es)